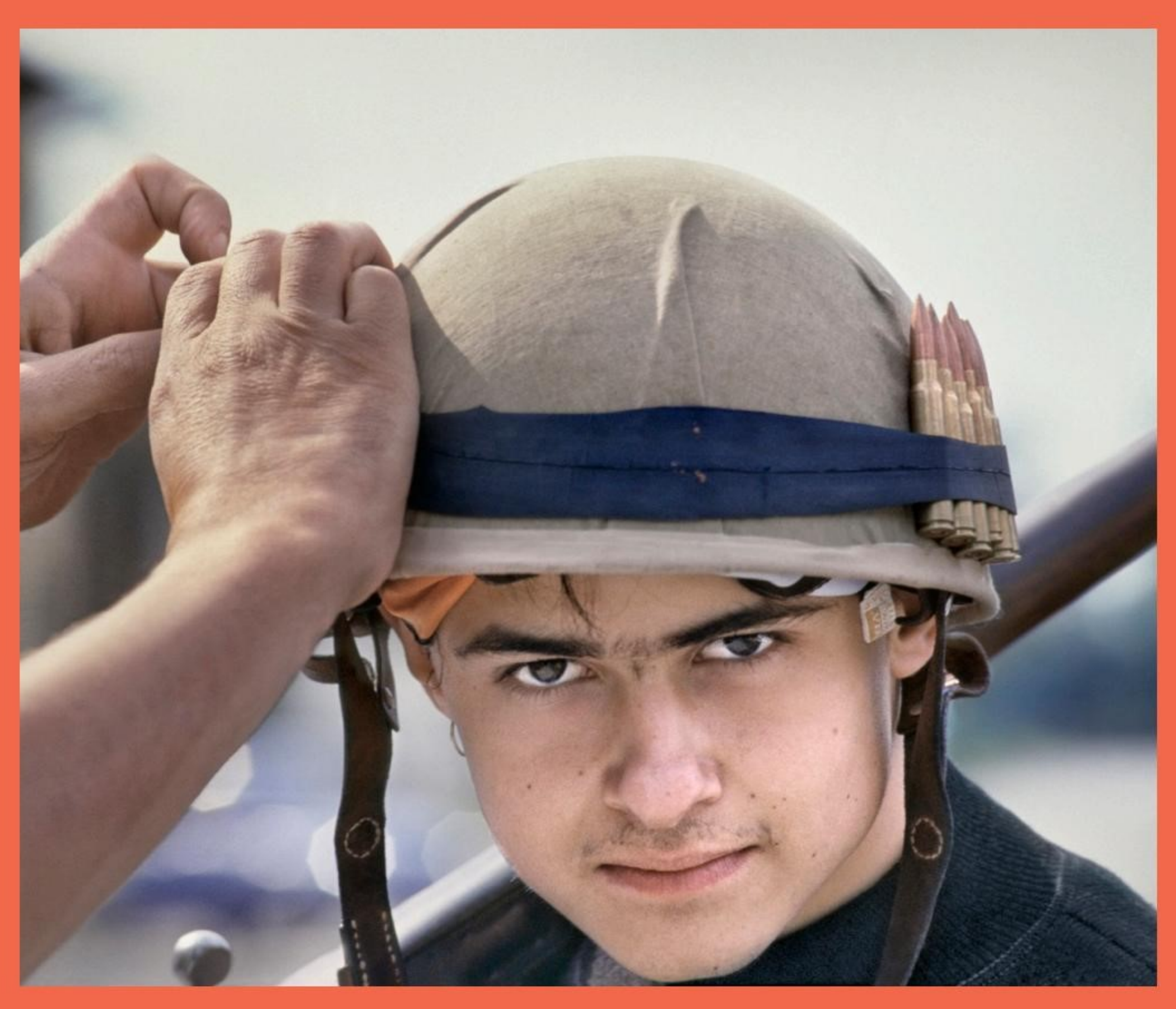
RELATOS DE VIDA

Fotografía de Gervasio Sánchez



María José Rodríguez González, Carmen Elena Trigueros, Cristina Alvarado Castillo, Gilma Gabriela Solórzano Ramírez, Margarita Elizabeth Méndez Fuentes, José Napoleón Alfaro Santos, Lorena Juárez Saavedra, Lilliam Armijo, Hannia Melissa Molina Rodríguez, Lucía Gabriela Morán Castellanos, Karen Guadalupe Escalante Barrera, Gabriela María López Lemus, Karla Julissa Parada Flores, William Edgardo García Gutiérrez, Eunice María Córdova Angulo, Leslie Ortiz

REL-



DE

ATOS



VIDA



Catálogo general de Publicaciones Oficiales
http://publicacionesoficiales.boe.es

NIPO: 109-20-070-0
NIPO en línea: 109-20-074-2

Edición no venal

Noviembre de 2020

Esta publicación ha sido posible gracias a la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido no refleja necesariamente la postura de la AECID

Un proyecto de
Centro Cultural de España en El Salvador

Esta publicación surge a partir de la realización del taller de análisis y construcción del relato corto impartido por el escritor español Alejandro Morellón, en el marco del proyecto 10 de 30, y la realización de la exposición VIDA, del fotógrafo Gervasio Sánchez, curada por Gerardo Mosquera. Ambas actividades coincidieron en tiempo y espacio en mayo de 2019, dando lugar a un ejercicio que hoy se convierte en libro

Agradecimientos especiales a
A Alejandro Morellón, por convertir un taller de escritura de cuatro días en un espacio de imaginación, de creación y de ilusiones compartidas
A Gervasio Sánchez, sin cuyas fotografías de VIDA estos relatos hubieran sido otros, y tal vez la magia de las historias no hubiera sido la que es
A Gerardo Mosquera, curador de la exposición VIDA quien nos muestra a través de esta selección que el triunfo de la vida prevalece a la tragedia de la guerra y la violencia
Y a todo el equipo del CCESV, que como siempre se volcó en que la actividad saliera redonda

Directora del Centro Cultural de España en El Salvador
Eloisa Vaello Marco

Coordinación de la publicación
Cristina Algarra Luján

Coordinación de la exposición
Mónica Mejía

Coordinación del taller
Ligia Carolina Salguero

Fotografías
Gervasio Sánchez

Tallerista
Alejandro Morellón

Autores/ autoras
María José Rodríguez González
Carmen Elena Trigueros
Cristina Alvarado Castillo
Gilma Gabriela Solórzano Ramírez
Margarita Elizabeth Méndez Fuentes
José Napoleón Alfaro Santos
Lorena Juárez Saavedra
Lilliam Armijo
Hannia Melissa Molina Rodríguez
Lucía Gabriela Morán Castellanos
Karen Guadalupe Escalante Barrera
Gabriela María López Lemus
Karla Julissa Parada Flores
William Edgardo García Gutiérrez
Eunice María Córdova Angulo
Leslie Ortiz

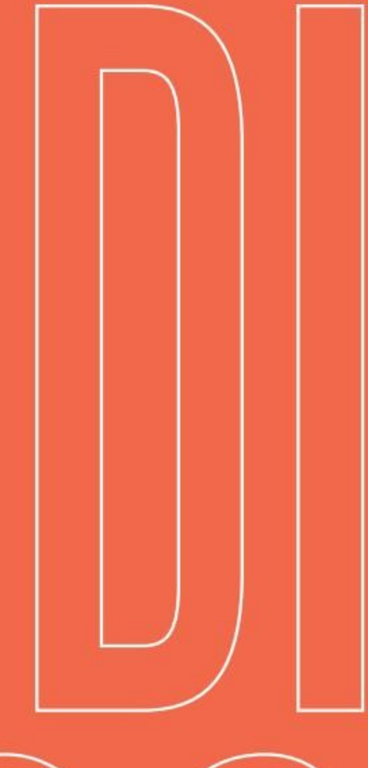
Edición
Susana Reyes

Diseño
Jimena Pons Ganddini.
Workaholic People
Imprenta: Maya Print
500 ejemplares

AECID
Miguel Albero, Director de Relaciones Culturales y Científicas
Pablo Platas, Jefe del Departamento de Cooperación y Promoción Cultural
Marisa Sánchez, Jefa de Área Red de Centros Culturales
Héctor José Cuesta Romero, Departamento de Publicaciones

Centro Cultural de España en El Salvador
Calle La Reforma 166. Colonia San Benito. San Salvador.
Teléfono. +503 2233 7300
Correo: info.ccesv@aecid.es
www.ccesv.org








ÍN



CE

Hay algunos momentos en los que surge la magia, y a veces lo hace a partir de actividades que *a priori* no estaban planificadas para relacionarse, pero que acaban coincidiendo en el tiempo y en el espacio. Eso pasó con el taller de escritura de Alejandro Morellón y la exposición *Relatos de vida* de Gervasio Sánchez. Esa magia se produjo en mayo de 2019.

Alejandro Morellón es un joven escritor español, seleccionado por el proyecto de la AECID *10 de 30*, una iniciativa que selecciona diez escritores/as españoles/as de treinta y tantos años para promocionar la literatura joven española en el exterior. Entre las actividades que se realizan, una de ellas es viajar a alguno de los centros culturales de la AECID y participar allí de actividades literarias. A Alejandro Morellón le tocó venir a Centroamérica y trabajar con los Centros Culturales de Guatemala, Honduras y El Salvador.

Alejandro Morellón nació en 1985. Ha vivido y crecido entre Palma de Mallorca y Madrid, donde actualmente reside. Ha publicado en revistas como *Quime-*

Eloisa Vaello Marco
Directora Centro Cultural de España en El Salvador

ra, Prosa inmortal o Eñe; coordinado la convención literaria 'Mallorca Fantástica' y ha sido becario de la Fundación Antonio Gala. Ha publicado el libro de relatos *La noche en que caemos*, con el que obtuvo el Premio Fundación Monteleón, y su novela *El estado natural de las cosas*, publicada en 2016, ganó el prestigioso Premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez.

Cuando llega un artista, creador o profesional español al Centro Cultural de España en El Salvador (CCESV), tratamos de exprimirlo y sacarle el máximo partido para fomentar las relaciones y el intercambio cultural entre España y El Salvador. Así hicimos con Alejandro. Participó en nuestro Club de Lectura, donde leímos sus relatos y compartimos con él experiencias y conversaciones. Por supuesto grabamos con él un programa especial de *Ayer te vi en Babilonia*, el podcast semanal de libros y discos del CCESV y, sobre todo, organizamos un taller de escritura de análisis y construcción del relato corto.

Por lo general, este tipo de formaciones solemos hacerlas en grupos pequeños

en nuestra mediateca, pero el taller despertó tal expectación que hablamos con Alejandro para poder ampliar el cupo y no dejar fuera a tanta gente. Como el grupo era tan grande, lo ubicamos en la sala de exposiciones. Casualmente durante esas fechas estábamos inaugurado la exposición *Vida*, una selección de fotografías del fotoperiodista español Gervasio Sánchez, comisariada por Gerardo Mosquera. En ella, el curador busca y celebra la vida en medio de las fotografías de guerra de Gervasio; porque en cada guerra, en cada desastre o crisis, hay momentos de risas, de alegrías y complicidades, de sonrisas… y Gervasio, que sabe contar con una especial sensibilidad cada guerra y conflicto que ha vivido, también sabe captar esos momentos que te permiten no tirar la toalla y seguir sobreviviendo y narrando la oscuridad.

Esas fotos se convirtieron en la excusa perfecta para que cada alumno se inspirase en una de ellas y escribiera su historia. Hay relatos más literales en los que se reconoce la situación de la fotografía, y otros en los que el autor deja volar la imaginación y prácticamente

hay que adivinar el punto de encuentro. Pero ahí está siempre, porque las imágenes son un detonante que la palabra convierte y transforma en una historia, en otra historia.

Estamos muy contentos de poder publicar los textos que finalmente salieron del taller. Y agradecer muy especialmente a Alejandro su implicación, a Gervasio su apoyo para poder incluir las fotografías en la publicación y a todos los participantes del taller, que cuando se inscribieron en la actividad seguro que no pensaron en que sus ejercicios terminarían convirtiéndose en este libro. Para el Centro Cultural es todo un placer realizar estas actividades que fomentan y promocionan el talento español, pero que al mismo tiempo sirven para difundir la literatura y la fotografía, para crear redes y espacios de intercambio, para formarnos y aprender, para imaginar juntos palabras, historias y relatos que nos hacen soñar e imaginar, denunciar y recordar. Palabras que son memoria y que hacen futuro.

San Salvador, septiembre 2020

Escribir es un acontecimiento conversacional. Todo texto forma parte de una comunicación, de un diálogo. Las historias que se encuentran en este libro dialogan directamente con el trabajo de Gervasio Sánchez, cuyas poderosas imágenes son una manifestación dolorosa de los estragos de la guerra. Como un relevo de miradas externas, lo que se sufre es captado por la lente del fotógrafo, lo que se capta en sus fotografías es relatado por medio de la escritura. La palabra haciéndose eco de la imagen; el lenguaje intentando darle un sentido a la visión. Los relatos que el lector tiene entre manos fueron escritos en un ejercicio imaginativo: cada autor eligió de entre la sala de exposición una de las fotografías para inventarle un mundo. Así, se daba una doble interpretación: la que el fotógrafo daba a lo inmediato, y la que cada escritor o escritora daban a la imagen revelada, a la realidad detenida. Esta antología es, pues, fruto de una conversación múltiple e interdisplicinar, resultado de un trabajo de creación y recreación. Toca ahora al lector asomarse a este acontecimiento visual y literario, a esta conversación tan urgente como necesaria.

Alejandro Morellón

Tallerista

Hace unos años un profesor de educación especial le planteó a cada uno de sus alumnos que escogiesen una de mis fotografías y reflexionase sobre lo que veían en ellas. Había alumnos españoles, europeos, latinoamericanos, africanos y asiáticos. Muchos con historiales conflictivos que buscaban una última oportunidad tras varios fracasos escolares. Cuando leyó sus relatos se dio cuenta de que cada uno, quizá sin proponérselo, había escrito al dictado de sus propios recuerdos. Los escritos eran trasplantes de experiencias que habían conocido o les habían contado personas muy cercanas.

Gervasio Sánchez
Fotógrafo

Tras leer sus escritos yo comencé a ver mis propias imágenes con otros ojos. Sentí que mis fotografías, tomadas en tal o cual lugar, habían servido para que chicas y chicos, maltratados por la vida, se identificasen con el sufrimiento de personas que no conocían y que vivían a miles de kilómetros.

Decía Helder Cámara, obispo brasileño, que el contacto con el sufrimiento acaba preñando de dolor. Por ello me siento muy agradecido cuando alguna de mis

fotografías influye para que una persona desclasificada socialmente o con la mente más privilegiada sienta la tentación de incrustar su propia experiencia en la vida de otros a los que nunca conoció.

Siento que la empatía es la mejor cualidad del ser humano. Sin empatía vagamos sin sufrir por el dolor de otros, desconectados de un mundo oscuro y sombrío que sufre las injusticias en un silencio conmovedor. Vivimos sin el privilegio de conocer. Más felices, quizá, pero más perdidos.

Estoy seguro que todas las personas que han escrito sobre mis imágenes en este libro han visto inconscientemente recuerdos de sus propias vidas o de sus familiares. Los niños soldados croatas o liberianos, los mutilados camboyanos, iraquíes, sierraleoneses, los refugiados kosovares, la destrucción angoleña o bosnia podrían ser salvadoreños. Ninguna guerra es igual ni obedece a las mismas razones o circunstancias. Pero las víctimas, tantas veces en la cúspide de la dignidad aunque todo se desmorone, se asemejan tanto que son intercambiables en la memoria.

Fotografía de Gervasio Sánchez:
Una madre llora acompañada de su hijo
en la frontera entre Kosovo y Albania
Morina (Albania), abril de 1999



ESTA ATERRA-
DA, ESA ES LA
REALIDAD, LA
GUERRA VIENE

Desde Kosovo para Albania... con amor

Hannia Melissa
Molina Rodríguez

El invierno fue duro, lo ha sido siempre, pero este año en especial. Había sido un invierno duro y lleno de pesar. La violencia, el conflicto, la pobreza… la poca disponibilidad de voluntad habían convertido estas ciudades en tierras yertas.

No recuerda bien cuándo fue la última vez que se le facilitó conseguir un trozo de pan, cuándo fue que, solo cruzando la pequeña avenida, podía comprarlo recién salido del horno artesanal. El agua nunca fue fácil de conseguir, pero al menos fluía limpia y directamente a los pozos cercanos, ahora dichos pozos prácticamente se han secado o son aguas no aptas para el consumo humano. Ni hablar de intentar conseguir un poco de azúcar o sal; eso ya es un lujo con el que solo puede soñar.

Su mirada abatida mira hacia ese pedazo de tela, sucia y vieja; sirve como división de estos escasos metros a los que ella llama vivienda.

Puede oír a su hijo jugar, juega con apenas unos trozos de madera y algunas piedras. Es increíble la imaginación de un niño, cómo la ignorancia infantil te hace obviar la realidad… no se queja. Es feliz de que su hijo aún tenga salud y fuerzas que le permitan soñar y disfrutar.

Ella misma solía soñar y lo hacía mucho; hasta el punto de que su madre la regañaba cuando se espaciaba haciendo alguna tarea. Eran sueños fugaces infantiles e ingenuos, pero eran sueños que creía, en ese entonces, que llegaría a realizar; ahora ya no lo hace, la guerra, las pérdidas y la muerte le arrebataron aquella peculiaridad.

La realidad que enfrenta le ha hecho perder cosas que daba por certeras, pero a la vez le ha hecho sacar fuerzas que no sabía que tenía siquiera; debía hacerlo, no quedaba de otra. Ya no es solo su vida la que se perdería por la borda ¡No! ser madre te hace madurar, te hace mártir porque finalmente entiendes el concepto de darlo todo… de sacrificar.

Porque ser madre enseña muchas cosas, pero sobre todo hace querer luchar. Enseña a no perder la sonrisa, sin importar lo que realmente se sienta, o si solo se esté llena de pesar. Porque ser madre hace querer luchar, da las fuerzas para levantarse, para poder sobrevivir un día más. Lograr hacer posible lo imposible, darse cuenta de lo que se puede ser capaz, porque nadie quiere que su hijo vaya a dormir con el estómago vacío. Se logra estirar una moneda para que puedas comprar leche y pan. Es puro instinto el querer

protegerlo, es instinto querer su bienestar por cualquier medio.

Y esa es la única razón para continuar, el motor que la mueve y estimula a despertar un día más. Y es por ello su predicamento, es madre y solo quiere para su hijo una vida ideal, llámenle tonto, infantil o ingenuo, pero es lo que cualquiera en su situación quiere desear.

Está aterrada, esa es la realidad; la guerra se está acercando, lo acaban de decir por la radio. No puede decidir, no se sabe si está congelada por el temor o impávida ante la situación.

Oye con desapego y parsimonia los gritos de miedo y temor, sus vecinos seguramente. Entre gritos y llantos, entre cuestionamientos histéricos y afirmaciones dudosas, oye que alguien está rezando; es un murmullo silencioso, seguramente la vieja señora ortodoxa del apartamento cuatro.

Se siente como si le pasara a otra persona y ella solo fuese un espectador. Asegura que en su mente puede verse sentada, frente a un espejo; pero quien le devuelve la mirada no tienen ninguna expresión.

Le hiela la sangre, le hace sentir un escalofrío recorrerle todo su interior; admite que está aterrada, pero ya no le es extraña esa sensación… su único pensamiento es autocrítico, nacido quizás del pánico y la tensión. Qué triste es el pensamiento de darte cuenta de que quizás te has acostumbrado a vivir con temor.

Suspira profundamente; no es para calmarse, tampoco es que lamente, no siente ninguna emoción o quizás no tiene razón para hacerlo. Es como de esas acciones automáticas e inconscientes…

La verdad es que ya lo venía pensando; si lo ve en retrospectiva, no le quedaba ninguna otra opción, quizás fue el lejano apego a sus recuerdos, la añoranza a una vida llena de buenos y malos momentos.

O quizás fue la duda y la cobardía, de dar ese paso que no quieres enfrentar. Llámenlo miedo a lo desconocido, a no saber qué esperar, a caminar entre niebla y oscuridad, sin saber si quieres seguir o regresar. Llámenlo como quieran; amor a lo que has perdido, esperanza a que alguien vuelva al lugar en el que siempre has vivido, la fe en que quizás un día todo terminará o que no te afectará directamente, que solo será un recuerdo de algo que le pasó a alguien más, que tu vida podrá continuar. Pero por alguna u otra razón, ella simplemente no quería dejar todo atrás.

¿Quién podía culparla de querer aferrarse a lo poco que le quedaba?

Es un largo camino el que le espera, la frontera no está cerca, no

será sencillo; pero la verdad, ¿qué lo es? No va a esperar que los camiones del ejército los evacuen, si es posible, no quiere que su hijo tenga ningún acercamiento directo a esta guerra. Aún intenta convencerse a sí misma, se dice entre susurros que es lo mejor.

—No te preocupes —habla más para sí—. Ya no tendremos que vivir con miedo a una bala perdida. —Es catártico, la mantiene enfocada, la serena, igual que mentirle diciendo que son truenos lejanos cada vez que hay una explosión.

Habla mientras se mueve mecánicamente, haciendo un poco o haciendo nada. En su mente va enlistando lo que va a llevar, no quiere enfocarse en todo lo que se quedará Probablemente alguien, cuando esto no sea más que un lugar desértico, lo saqueará o, en el peor de los casos, …mejor es no pensar.

Debe admitir que este miedo a lo desconocido es extrañamente reconfortante, no es que alivie en algo sus pesares, pero es novedoso. Y entre el miedo, los preparativos imaginarios y las preguntas resultantes, va a admitir que es un poco emocionante. Y claro, para alguien como ella que nunca había viajado más allá que la distancia entre su casa y la escuela, es un sentimiento expectante.

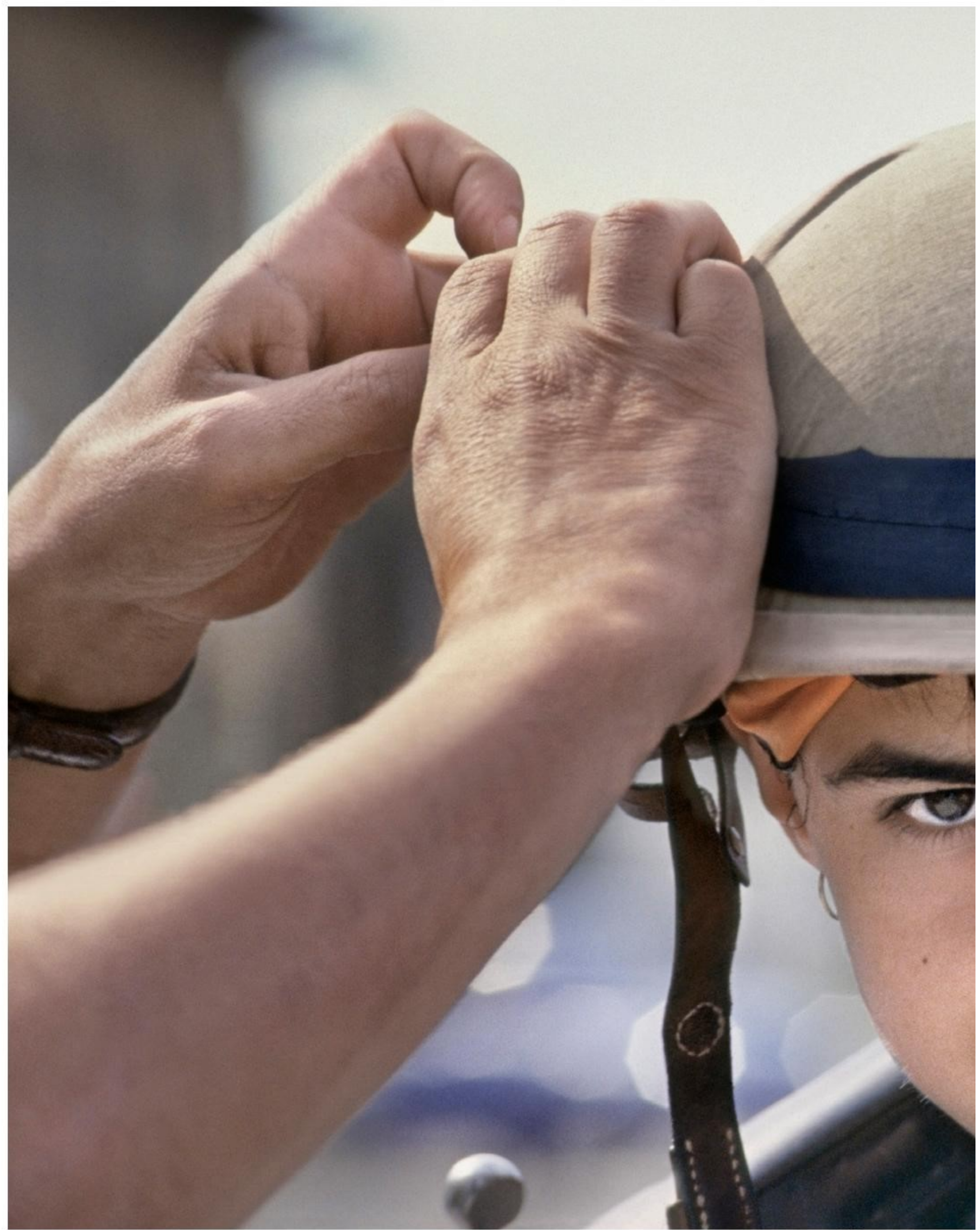
Aún oye a su hijo jugar, las piedras y palos son ahora un avión que lo lleva a volar. Entre una duda seguida por un autoreclamo, poco a poco va dejando una vida atrás. Ha tomado una decisión y buena o mala es mejor que vivir el día a día con temor. Sabe que su hijo merece, como cualquier otro niño, solo lo mejor: la seguridad de un techo sobre su cabeza, de una comida caliente sobre la mesa, de una educación que le permita romper barreras, de poder jugar con libertad afuera; su hijo merece saber que aún existen lugares en esta tierra donde las personas no se matan entre ellas, ni vive en violencia extrema.

—Es por él —se dice a sí misma—. Es para él. —Se convence de iniciar una travesía.

Oye a su hijo llamarla de cerca, hasta ahora no conoce sonido más hermoso que el que él hace al pronunciar esas letras. La sonrisa llega a sus labios ahora más fácilmente, será difícil; aún está un poco lejos la meta, pero por un hijo, por su bienestar, por su amor… defenderá su objetivo como una fiera.

Esta será nuestra propia y épica odisea. Desde Kosovo… para Albania, con todo mi amor.

—Ahora bien, ¿dónde escondí las alhajas y anillos de mi madre y de la abuela? —murmura mientras camina hacia su mayor orgullo y único tesoro.





«SE MUERE POR LA PATRIA» LE HA DICHO SU PADRE.

Medianoche

Lilliam Armijo M.

Fotografía de Gervasio Sánchez:
Adolescente militarizado
Vinkovci (Croacia), octubre de 1991

1. RODRIGO Y ROSARIO

Rodrigo mira fijamente el lente de la cámara, mientras otro soldado coloca ordenadamente las balas alrededor de su casco antes de salir con el contingente de veinticinco elementos. A Rodrigo no le preocupa morir, solo cumplir la misión que debe llevar a cabo. «Se muere por la patria» le ha dicho su padre el general Froilán. Son tiempos de guerra. Si acaso muero hoy, piensa, Rosario podría volverse con Rodriguito, su hijo, a la casa de su madre. Esa mañana, Rosario le ha cocinado lo de siempre: huevos revueltos. Han rezado sobre la mesa pidiendo por todos los miembros de la familia; por su padre Froilán, que Dios lo proteja; por su abuelos; por la vecina, la señora Rafaela, que no escucha muy bien del oído derecho, pero que necesita que le peguen los números de la lotería nacional de esa semana; por la gata que acaba de parir, para que no quede preñada tan rápido otra vez, y los gatitos sobrevivan; y por que no falte ni arroz ni frijoles en la mesa. Todo en la ciudad sigue tan normal como siempre. No se escuchan disparos ni aviones ni estallidos de bombas. El único ruido eran los sorbos que tomaba Rodrigo de su taza de café caliente. El olor a café tibio quedaría impregnado en su camisa almidonada.
—¿Vas a regresar a dormir hoy? Así te hago la cena —pregunta Rosario.
—No, hoy tenemos turno y me toca duro —le dice Rodrigo, impulsando con sus pies la silla ruidosamente hacia atrás para levantarse de la mesa.
—Adiós, amor. —Se despide de Rosario con un beso en la frente. Coge su mochila del suelo y se marcha.
—¿Te espero para cenar Rodrigo? —le pregunta su mujer desde la puerta.
Pero Rodrigo ya había salido disparado como una bala.

2. LA CASA AMARILLA

La casa era pequeña. En la primera planta había una sala modesta y un comedor de madera redondo con cuatro sillas. La sala consistía en dos sofás de tela con estampados floreados y una mesita de vidrio para el café. Al fondo, un jardín con césped recién cortado, además de unos alambres que atravesaban en lo alto el jardín con ropa colgada recién lavada. En la planta de arriba había dos cuartos y un baño. Todos modestos y cada uno con un escritorio. En la casa se encontraban dos mujeres: María, quien lavaba los platos en la cocina, y Milagros, que seguía la televisión en la sala. A la señal del teniente Rodrigo, quien estaba a cargo de la misión, los soldados entraron por la puerta principal, derribándola.
—Al suelo —gritó el teniente Rodrigo al entrar.

Las mujeres se incorporaron de inmediato y obedecieron sin oponer resistencia a las órdenes del teniente. La orden del general Froilán había sido explícita. Las quería vivas a las dos jóvenes para ser interrogadas. Las dos mujeres fueron esposadas y vendadas de los ojos con un pañuelo blanco. Las tiraron en la parte de atrás del camión.

Eran las 6 de la tarde. El contingente de veinticinco soldados articulaba un retén en la calle principal del barrio Santa Teresa. Se había ordenado revisar cada carro que entrara a la colonia ese día, luego del allanamiento. Cerca de las ocho de la noche, entró un camión con diez soldados más. La casa que tomaron era la penúltima casa a la izquierda, la de dos pisos, la única casa de paredes amarillas.

3. MARÍA Y RODRIGO A MEDIANOCHE

—A ver si te animás a cooperar, Teresa —dijo el teniente Rodrigo con voz serena, abriendo la puerta de la celda donde se encontraba la mujer.
La mujer no levantó su mirada del suelo, ni siquiera cuando entró el teniente Rodrigo, joven y corpulento a su celda y se sentó en una silla de plástico frente a ella. Dos soldados se quedaron afuera de la celda con sus M16.
—Que flaca estas desde la última vez que te vi, por dios, es cierto eso que dicen que carne de perro te dan de comer esos rojos —dijo con tono preocupado Rodrigo.
La mujer no respondió.
—¿De dónde sacaste eso de María como seudónimo, si vos ni a la iglesia vas?. Mirá, si cooperás con nosotros, te vas a ir más rápido de aquí, esta misma tarde —continuó Rodrigo.
La mujer sonrió desdeñosamente negando con la cabeza.
—Me llamo María y ustedes se han equivocado de persona —dijo en voz alta llamando la atención de los guardias.
—¿A ver, contame, María ¿qué estudias? —dijo el hombre con tono sarcástico y cruzando los brazos y echándose para atrás en la silla de plástico.
—Estudio tercer año de Medicina, soy de Santa Ana y vivo aquí en la capital con mi hermana. Pueden revisar mi expediente en la Universidad y sabrán que no estoy mintiendo.
—Teresa, déjate de pendejadas, y dejá de fingir, por la gran puta, ya saben todos aquí quién sos y que tu nombre verdadero no es María y que no vivís con tu hermana. Solo me tenés a mí —dijo Rodrigo, enfurecido.
—La Mila es otra como vos, una revoltosa. Ya saben aquí que vos te encargas de alquilar las casas para esos terroristas, de manejarles el coche y comprarles comida. Que tus estudios solo son una coartada para alquilarles esa casa a los cabecillas del MRT.
La mujer miró fijamente a los ojos del muchacho, que eran iguales a los suyos, negros y profundos como un pozo en la oscuridad.
—Aquí tenemos a la Milagro tam-

bién, en otra celda. Si cooperas con nosotros y nos das los nombres, vas a salir más rápido, ya te dije. Si no, de todas formas vas a ver que Mila va a cantar primero —dijo Rodrigo.

—Si la Mila les dice los nombres, ¿para qué querés sacarme los nombres? —respondió la mujer.

—Es para comparar información, a ver quien dice la verdad —dijo Rodrigo.

—No saldremos vivas de aquí, qué sentido tiene —dijo la mujer.

—Precisamente —dijo el hombre—. Confesa y salís.

—No. A ver, ¿Por qué haces esto, Rodrigo?, ¿cuál es tu ganancia con interrogar a estudiantes? ¿Por qué no te vas a tu casa con la Rosario, que te espera ya con la cena hecha?

—Dejate de tonteras, vos sos como yo, hermana testaruda, como si no te conociera, cooperá con nosotros y salís rápido —dijo alterado el teniente, acercándose al oído de la mujer para que no lo escucharon los guardias afuera de la celda.

—Contame, Rodrigo, ¿vos le decís a la Rosario lo qué hacés en tu trabajo en el día?, ¿le decís que te la pasás capturando y torturando a estudiantes?, ¿y que después llegás a la casa y abrazas a Rodriguito? ¿O le decís que sos un simple policía de tránsito que patrulla las calles y mantiene la seguridad de sus ciudadanos?

—Cállate, te lo advierto —le dijo dándole un golpe en la cabeza—. Yo solo te quiero ayudar, sino cooperás no te voy a poder sacar de aquí. ¿No sabés que nuestra madre no duerme desde que andas metida en esto y pasa en una lloradera todas las noches, rezando para que regreses a la casa? Ella no sabe que estas aquí. Cuando se entere, se va a morir la pobre vieja. Sos una desgraciada por preocuparlos tanto. ¿Por qué no terminás los estudios de Medicina? Dice mi papá que te va a sacar para estudiar afuera. Bien sabe que con los que andás son unos comunistas asesinos.

—Rodrigo, decile a mi papá que, por más general que sea, que no haga babosadas, que no necesito de su ayuda, ni de la tuya —dijo la joven, segura de sus palabras.

—Nuestro padre anda como loco por vos. Él mismo dio la orden de que te quería viva. ¿No te basta con haber jodido a la familia? Si un favor te estamos haciendo. Por mí, yo te dejo aquí para que aprendás. Esta vez te encontramos, pero la próxima no sabemos en que cárcel vas a terminar. Mejor colaborá, decinos los nombres que queremos y te sacamos rápido. El viejo ya tiene listo el coche que te sacara mañana a la frontera y los pasaportes falsos.

—Si digo los nombres, todos ellos morirán, seré una traidora —dijo la mujer.

—De todas formas, todos van a morir tarde o temprano como moscas —dijo el teniente Rodrigo.

—Mándale saludos a la Rosario, hermano, ándate a tu casa, ya es tarde —le dijo María a Rodrigo.

—Hoy pasás la noche aquí. Mañana, aunque sea amarrada, te llevo así como estas. Siempre fuiste una traidora, Teresa —dijo el teniente Rodrigo, mientras abandonaba la celda.

—Mi nombre es María.





¡VAMOS A CONSTRUIR UNA MÁQUINA DEL TIEMPO!

La máquina del tiempo

Lorena Juárez Saavedra

Fotografía de Gervasio Sánchez:
Varios niños juegan entre coches y camionetas destrozadas
Sarajevo (Bosnia-Herzegovina), octubre de 1993

—La otra semana cumplo doce años —anunció Lucas a los miembros del club Los Pulgas.

Los Pulgas lo miraron con gravedad y pasmo. Todos sabían qué significaba cumplir esa cantidad de años, días y minutos.

—¡Tenemos que hacer algo, señores! —continuó Lucas, serio y decidido.

—A mí me toca en un par de meses —dijo Saúl con un abatimiento que trataba de controlar.

—Pero a los rencos no se los lleva el Ejército —le gritó Samuel, que estaba acariciando las orejas peludas de Canela.

—¡Pues para mejor que te lleven a vos! —chilló Saúl.

—¡Solo tonterías decís, rencooo! ¡Patojoooo! —gritó Samuel.

—¡A todos nos pueden llevar! ¡Así que cállense! —sentenció Lucas.

Un silencio cayó sobre las tres cabezas algodonadas de los niños. Saúl miró su pierna enferma, sus dos desgastadas muletas. Tomó su pierna rota con las manos para apartarla un poco y que la Canela se subiera al sillón con él.

—¡Tengo una idea!, pero no creo que funcione —anunció Samuel.

—Hablá, pues, y luego decidimos si funciona o no —interpeló Lucas.

Samuel miró a Lucas y a Saúl, ¿qué sería de él sin esos amigos? Y pensar que al principio le parecían unos niños odiosos. ¿Qué más podían hacer si ya eran como hermanos? Resolvió contar su gran idea.

—Una máquina del tiempo —dijo Samuel con voz tenue, como no queriendo decir nada.

—¿Una máquina del tiempo? —preguntó Lucas exaltado.

Y cuando pronunció aquellas palabras una bruma luminosa se posó sobre aquellos brillantes cerebros. Los ojos de Lucas se abrieron como platos. ¡Era una oportunidad de oro! ¡Qué maravilla! ¿Entonces viajarían muy lejos de esos días en los que las bombas y el traqueteo de los aviones los despertara en la madrugada? ¿Podrían ir a aquellos días en los que había luchas de canicas con los vecinos?

—¿Cómo creés que eso va a ser posible? ¡Es una tontería! ¡Sos un reverendo tonto! —se burló Saúl con una mueca.

Pero ni Samuel ni Lucas escucharon tales palabras, estaban embebidos por la idea, estaban estupefactos.

—Dale, seguí, seguí… Me interesa —dijo Lucas.

—Tengo un libro que encontré en la biblioteca, es sobre viajes del tiempo. Al final de la historia, trae un dibujo que explica cómo hacerla. Trae su plano y todo…

—¡Te la compro! ¡Qué gran idea! ¿Y qué necesitamos entonces? —vociferó Lucas lleno de emoción.

Los dos niños suspiraron, se miraron entre sí, cómplices.

—Si querés, traigo el libro…

—Sí, todo sí. Samuel, repartí la lista para construir la máquina y nos

vemos en dos días para ver cómo avanza el plan. ¡Vamos a construir una máquina del tiempo! —gritó Lucas maravillado, lleno de vida mientras Canela le lamía la cara entre brincos.
—Es una tontería… Eso jamás va a…
—¡Callate! Pura ave del mal agüero sos —se quejó Lucas—. Saúl, cumplo doce años la otra semana y me va a llevar el Ejército y bien sabés qué le hacen a los chorriados como yo. ¡Agarrá tu lista, te vas y conseguís todo lo que Samuel te diga! ¿Se entendió?
El rostro de Saúl se llenó de perlitas de sudor, era la rabia que viajaba a mil kilómetros por segundo, era la angustia que no daba tregua, era el miedo más profundo ante un destino que parece inevitable. ¿Podrían evadirlo?
—Pues no creo que funcione, pero voy a traer las cosas —se quejó Saúl. Tomó sus muletas y se arrastró hasta salir de la casa club que había sido construida en un escondrijo de un depósito de chatarra abandonado.
—Bien, bien —suspiró Lucas.
Dos días después, el club Los Pulgas se reunía de nuevo.
Samuel dio su reporte: cables, perillas, palancas, control de mando. Había dejado la última sorpresa para el final y para ello requirió que todos se desplazaran hasta lo más profundo del depósito. Cual mago que está a punto de presentar su gran truco, se colocó al frente y respiró sonoramente.
—¡Ante ustedes, el espectacular, el formidable ¡Superjet m-17!
Samuel quitó los cartones que cubrían el armatoste y quedó develado un pedazo de cabina de un avión, una máquina tan desvencijada que llevaba más de treinta años en aquel agujero.
—¡Guaaao! ¡Pues ya nos fuimos! ¿Y qué trajiste, Saúl?
Saúl explicó que habían cambiado los horarios de vigilancia del taller, que solo después de la fiesta de cumpleaños de su abuela pudo salir a conseguir la batería. También contó cómo llegaron los soldados a su casa y se tuvo que esconder en un agujero que sus padres habían cavado bajo la cama.
—Ayer me tocó dormir ahí —dijo entre sollozos.
—¡Y por eso nos vamos! —gritó Lucas de pura felicidad.
Esa misma noche nadie volvió a su casa. Desde la distancia se veían destellos de piezas que estaban siendo ensambladas, se

oían martillazos y Canela daba pavorosos aullidos. A la mañana siguiente, todo estaba listo. La máquina del tiempo era un hecho. Lucas y Samuel se alejaron como quien mira una gran obra de arte. Saúl se incorporó después, pero no veía lo mismo que sus dos amigos. Para él, todo aquello era un cúmulo de basura, una pérdida de tiempo, un fracaso anunciado.

—"Cuando el sol esté tan alto que ilumine todo tiempo pasado y futuro deben partir. Irán a tiempos en los que el cero era tan solo una idea, atravesarán el universo…" —leyó Lucas y cerró el libro mientras contemplaba la máquina desvencijada que los sacaría de esa guerra sin fin.

—Lucas, hay que despedirnos. Quiero abrazar a mi mamá por última vez —suplicó Samuel.

—Sí, sí, vamos todos. Corramos y volvemos a la hora del zope.

Samuel y Lucas volvieron lo más pronto que pudieron. Fue Saúl quien dudó.

La hora indicada había llegado, era el momento preciso para activar el gran mecanismo del tiempo. Samuel y Lucas estiraban cuello para ver si venía por algún lado a Saúl, pero el tiempo se agotaba y debían partir.

—¡Tenemos que irnos ya! Así dice el manual, que ya es hora, las coordenadas son las correctas —apuró Samuel.

—Está bien, vámonos.

Ambos niños accionaron la máquina, pero no contaban con que, a esa misma hora, también el Ejército había programado un bombardeo. Poco a poco, el cielo fue llenándose de luces fulminantes, eléctricas, mortales.

En el monitor de vigilancia de la torre de control del Ejército aparecía un objeto no identificado. Demasiado pequeño para ser un avión, demasiado grande para ser un albatros. Un soldado, desde la trinchera, le apuntó a una vieja cabina de jet sin alas que sobrevolaba la ciudad destruida.

El soldado disparó.

En el monitor de vigilancia se veía un punto, un jet, un estallido. Segundos más tarde, el soldado de la trinchera reportó un mensaje contundente: Fallé el tiro, señor. Es como si el objeto hubiera desaparecido estando ahí arriba.

Saúl miró con asombro el cielo lleno de luces y tiró al piso su bolsa con ropa. A última hora había creído que era posible viajar en el tiempo.





UNA BALA
PERDIDA
ENCONTRARÁ
MI CORAZÓN.



Una posibilidad

Carmen Elena
Trigueros

Fotografía de Gervasio Sánchez:
Un niño juega con un paraguas en la avenida principal destruida por los combates
Monrovia (Liberia), mayo de 1996

Dice una leyenda que, si sale un arcoíris después de un bombardeo, existe una posibilidad entre mil millones de que un paraguas se abra y te invite a escapar del infierno.

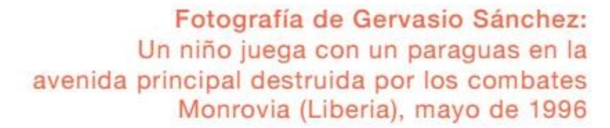
Hoy es mi cumpleaños y mi abuela me ha prometido que por la tarde vendrán mis hermanos y comeremos torta.
Pero mis hermanos no vendrán.
En unas pocas horas van a ser asesinados por unos soldados.
Vendrá mi padre, gritando, horrorizado, a darnos la noticia.
La abuela llorará, como siempre.
Y yo me quedaré en silencio y con dolor de estómago.
Al siguiente día, por la noche, bajo la lluvia, caerá una bomba.
Mi abuela y mi padre morirán.
Yo me quedaré más solo.
Más en silencio.
Con más dolor.
Por la mañana, a pesar de la lluvia, saldrá el sol y yo saldré atraído por un enorme arcoíris. A media calle veré un paraguas suspendido, como invitándome a escapar. Me agarraré fuerte a él, comenzaré a elevarme hacia el cielo.
Una bala perdida encontrará mi corazón.

HACEMOS BROMAS DE SUS VECINOS, NOS REÍMOS.



Julio

Napoleón Alfaro



Fotografía de Gervasio Sánchez:
Un niño juega con un paraguas en la avenida principal destruida por los combates
Monrovia (Liberia), mayo de 1996

Tras la puerta de vidrio Julio lloraba. Tenía la cara llena de pastel y mi madre trataba de consolarlo, se miraba disgustada. Luego de animarlo y cansada de no conseguirlo, se alejó dejándolo ahí. Interrumpí mi juego y me acerque, separados únicamente por la puerta de vidrio le sonreí. Siempre fue así, lloraba por todo y se incomodaba fácilmente, me ignoró y comenzó a hablar nuevamente solo, yo no pude escucharlo pero quería que se callará, busque adentro entre todas las personas a papá, quien conversaba alegremente con sus amigos, y a mamá, ella en la cocina parecía seguir molesta mientras lavaba los platos. Temía que descubrieran a Julio hablando solo en voz alta. Se lo llevarían, otra vez, todas las tardes al doctor para preguntarle cosas y no podría jugar con él.

La música continuaba y todos adentro parecían muy contentos, Julio salió del patio y cuando me di cuenta ya estaba fuera de mi alcance. Al notarlos distraídos decidí seguirlo, hice mucho esfuerzo para ir tras él. No entendía qué decía, pero parecía hablar con alguien, tuve la sensación de que le contaba cosas que jamás le había dicho a nadie, ni a mí. El camino al lago era hacia abajo. Entre las grandes raíces de los árboles y las hojas secas, nuestros zapatos iban perdiendo su perfecto color blanco. Yo llevaba las manos pintadas de chocolate por ir recogiendo las hojas que me parecían más curiosas, había metido en la bolsa de mi vestido amarillo una variedad en colores y formas, cada una tenía una pequeña historia y pensaba que al llegar a casa junto a Julio podríamos nombrarlas, él sonreiría jugando conmigo, lo vería feliz como pocas veces lo he visto, nuestros padres escucharían música bailando contentos, dejarían en paz a Julio.

Llegamos finalmente al lago, no al habitual lugar donde pasamos algunas tardes los fines de semanas con mamá y papá. Me sentía deslumbrada, era una parte del lago que no conocía y me parecía más bello de lo que me pudo parecer jamás. A mí no me gustaba tanto el lago como a Julio, quien se percató minutos atrás que yo venía tras él, pero decidió continuar sin prestarme mucha atención. Yo temía que nuestros padres a estas alturas se dieran cuenta de nuestra ausencia, pero no quería regresar sola, no podía dejar a Julio ahí, quería que me enseñara el camino a casa, Julio solía enseñarme muchas cosas, siempre me pareció muy listo y misterioso, yo esperaba que al llegar a la edad que él tenía pudiera saber todas las cosas que él sabía.

Continué recogiendo hojas y me detenía de vez en cuando para ver los renacuajos nadando en círcu-

los, hice caminos para conducirlos de un charco a otro. Julio estaba sentado frente al lago, había callado; yo, a metros tras él. Comenzó a tirar piedras, me entristecí porque no me invitó a jugar, parecía muy divertido y bromeaba, celebrando o maldiciendo por cada tiro. Mientras tanto jugaba con los renacuajos, los había encerrado en un pequeño charco que había decorado con algunas hojas incrustadas en la tierra suave bajo el agua, construí con las mismas hojas una pequeña habitación al centro del charco, pensé que tal vez alguno de los renacuajos tendría el deseo de permanecer tiempo a solas así como Julio. Sin darme cuenta, y en un abrir y cerrar de ojos, una piedra muy grande había colapsado contra el charco aplastando todo bajo ella, las hojas, los renacuajos, la habitación de la soledad, y el agua con tierra salpicó mi cara y mi vestido. Me levanté molesta dispuesta a arremeter contra Julio, pero él estaba de espaldas, petrificado como una estatua. -¡Julio!, ¡Julio! -, grité. Me acerqué hacia él y sin volver a verme señalaba tembloroso al lago. Apenas pude ver algo moverse entre el agua, solté las hojas que quedaban en mis manos y tome la de él. Corrimos sin parar hasta la casa, mi corazón agitado y las manos de Julio, más frías que la brisa que nos golpeaba esa tarde del extraño cumpleaños de Julio.

Julio vive ahora en un pequeño cuarto sobre una barbería en el centro de la ciudad, él aprendió

a pintar y sobrevive vendiendo sus pinturas. Los sábados por la tarde llevo a mis hijos para que aprendan con él. Hoy celebramos su cumpleaños treinta y seis, nuestros padres no podrán estar. Julito, el menor de mis hijos, está aprendiendo lenguaje de señas. Desde aquel día Julio no volvió a decir palabra alguna a pesar de los intentos de nuestros padres y las constantes visitas al doctor.

Tomamos café, le cuento sobre el trabajo, sobre nuestros padres, acerca del proceso de mi divorcio, él me cuenta de sus apacibles días en el centro, de lo difícil que es vender las pinturas, hacemos bromas de sus vecinos, nos reímos mucho. Jamás volvimos a mencionar aquel día, yo tengo la interrogante de si él recuerda algo más claro que yo. Antes de partir, Julio me dice que tiene un regalo para mí, ahora comprendo porque lo noté tan inquieto a nuestra llegada. Al fondo y cubierta con una manta de flores, hay una pintura. Llama a los niños para que le ayuden a descubrirla. A mí se me saltan unas cuantas lágrimas de emoción al verla. Sonrío y lo abrazo muy fuerte con la promesa de vernos el próximo sábado. Nos despedimos. desde el otro lado de la calle. Julio nos observa alejarnos en el automóvil desde la ventana de su habitación del segundo piso, anochece.

En la sala de mi casa cuelga la pintura que me regaló. Es un retrato mío.



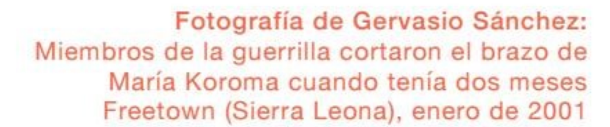


ME FALTA ALGO
PERO YO NO
SIENTO QUE
ME FALTE.



María y Massala

Margarita Elizabeth
Méndez Fuentes



Fotografía de Gervasio Sánchez:
Miembros de la guerrilla cortaron el brazo de María Koroma cuando tenía dos meses
Freetown (Sierra Leona), enero de 2001

Me falta algo, pero yo no siento que me falte. Camino, corro, juego como todos.

Mis amigos me preguntan dónde lo he dejado o si lo he perdido, yo les contesto que no he perdido nada.

Veo que todos traen dos, los extienden, suben, bajan, los llevan consigo a todas partes.

En casa mi madre me ayuda a vestirme, aún no puedo sola porque soy pequeña. Corro descalza con mi vestido favorito mientras le pido a mamá que ate mi cabello con mis telas favoritas.

Cuando salimos a la calle veo que a algunos de mis amigos también se les ha perdido algo. Unos recuerdan que sí se les ha perdido, otros como yo, no se nos ha perdido nada.

Nuestro lugar es tranquilo ahora, los ancianos cuentan que hace algunos años peleábamos mucho.

—Vinieron montados en sus bestias huecas repartiendo temor por todas partes —decían.

—Perseguían a todos para golpearlos. Algunos no se levantaban —contaban los ancianos cuando pasábamos saludándolos.

—Ellos se llevaron a tu abuelo —decía mi madre—. Si alguna vez te encuentras con alguno, solo corre y escóndete —decía angustiada.

—No la asustes. Ellos no volverán a llevarse nada —decía mi madre, mientras continuábamos nuestro camino.

Mientras caminábamos veía a mamá callada y seria.

Veo a María correr, jugar, cantar, mirarme con esos ojos profundos, donde cabe el universo entero, esos mismos ojos que lloraron hasta quedarse sin lágrimas, esa misma voz que no se podía escuchar de tanto dolor. Agradezco su dicha.

No quiero recordar ni volver atrás, cuando hace cinco años vivíamos temiendo a la muerte, cuando huíamos y nos escondíamos. Así vivíamos, sin saber cuándo desapareceríamos.

En esos tiempos en que mantenerse respirando era difícil, encontramos un lugar para escondernos. Allí permanecimos en lo que llovía fuego.

Hacía mes y medio que María estaba conmigo, era pequeña y linda, como ahora; aún más, me abrazaba la mano como si no la quisiera soltar nunca. Era la paz en la tormenta. Todos la veían y decían que era un oasis en el desierto.

En aquellos días soñaba con que un día tendríamos paz y libertad; pero veía eso tan lejos. Temía por todo; que un día abriera mis ojos y María ya no estuviera conmigo. Pensaba mientras sostenía su mano.

—Mamá, ¿por qué me miras tanto? —pregunté mientras saltaba y ponía mis dedos en mi boca.

—Porque eres extraordinaria, María. Eres la persona más fuerte que conozco —decía mi madre mien-

tras me perseguía para abrazarme.
—¿Nos vamos ya? —pregunté.
—Vamos. Massala dijo que conoceríamos a un amigo —respondió mi madre.
Llegamos a la casa de mi tío Massala, que me recibió con un fuerte abrazo. Cuando entramos a la casa, vi a un hombre extraño, tuve miedo, me escondí detrás de mi madre, mientras Massala decía:
—María, no tengas miedo. Él es un amigo que vino de lejos —decía mi tío mientras estrechaba la mano de aquel hombre.
—Hola, me llamo Gervasio —dijo—. Me alegra conocerlas.
—Él es de quien me hablabas —preguntó mi madre a Massala.
—Sí, es él —asintió—. Puedes contarle la historia de María.
—Cuénteme, cuándo ocurrió todo —preguntó Gervasio
—Fue cuando era bebé —dijo mi madre mientras me sostenía en brazos.
—Recuerdo que ese día encontraron nuestro escondite, comenzaron a golpearnos. Mientras corríamos, yo no pude sostenerla con fuerza, la arrancaron de mis brazos, todo se oscureció —relataba mi madre mientras Gervasio me miraba.

—Cuando recuperé el sentido, comencé a buscarla. La encontré junto a Massala ambos sangrando y gritando. Entonces corrimos a una de las tiendas médicas que estaba a un kilómetro de ahí. Pensamos que moriría, pero ella se aferró a mí y a la vida.

Cuando mi madre terminó de hablar, su cara estaba llena de lágrimas y me sonreía.

Gervasio al terminar de escuchar la historia se levantó, sostuvo mi mano mientras decía:

—Eres la persona más valiente que conozco, María.

Le sonreí mientras mi madre me ponía en el piso.

—¿Puedo tomarle una fotografía a María?, quiero mostrarle al mundo lo fuerte que ella es —dijo Gervasio a Massala y a mi madre.

Mi madre asintió.

—¿María quieres ir a jugar afuera? —me pregunto. Yo feliz le dije que sí y salí descalza corriendo de casa de Massala.

Cuando salí escuché que alguien gritaba mi nombre.

—¡María!

Volteé mientras tenía los dedos en mi boca.


WE WANT Equal
Right



PALABRAS NO SOLICITADAS SALIENDO DE BOCAS.

A todas

Gabriela Ramírez

Fotografía de Gervasio Sánchez:
Unos jóvenes atraviesan un control militarhecho con un maniquí
Monrovia (Liberia), mayo de 1996

Hacía un vapor húmedo. Aún caían residuos de una tormenta que amenazaban con suspender el viaje de dos horas y media que debía hacer, a pleno mediodía, desde El Paraíso hasta la clase de Katya.

Hora pico con una lluvia que todavía no quería morir, las ventanas cerradas; una que otra mano mal puesta, la cobradora diciendo que aún había espacio que nos moviéramos al fondo; teníamos ropa, había que toparse. Me bajé de la 26 y como siempre ahí estaba ese grupo de ojos medianamente aterradores con intentos de seducción y palabras no solicitadas saliendo de bocas que deseaba no ver. Dos años de caminar ahí y me costaba creer que ese grupo de menores en uniforme de básica aún me hicieran cambiar de acera.

Treinta y ocho grados en el salón con dos ventanas y casi cincuenta estudiantes transpirando e intercambio oxígeno a plenas dos de la tarde. Me senté a la par de Flavia mi compañera forzada de investigación. Mientras, como todos los lunes, Katya iniciaba su reto de instalar el proyector.

—Andás cara de que has venido oliendo mierda todo el camino— me dijo.

Cómo no llevar cara de que estaba oliendo mierda, si efectivamente estaba teniendo un normal día de mierda. Opté por callar, pero traté de disimular moviendo extrañamente los ojos en un intento fallido de evadirle.

—Que sí. Vos pensás que es paja. Relajate, cambiá esa cara— puso un dulce en mi mesa.

—Ahora sí, buenas tardes a todas—. Al fin, después de media hora, Katya había logrado el reto diario de instalar el proyector.

Yo, que llevaba casi medio ciclo tratando de comprender cómo Katya aún con sus mil y un maestrías no podía instalar ese terrible aparato, trataba inútilmente de comprender por qué seguía con esa cara de mierda después del dulce, pero estaba seguro de que las hormonas de mis días me tenían alterado. Al fin y al cabo, como dice la canción, no hay que comprendernos, solamente amarnos.

NUNCA ALGUIEN FUE TAN FELIZ EN MEDIO DE TANTA MUERTE



El maniquí

Leslie Ortiz

Fotografía de Gervasio Sánchez:
Unos jóvenes atraviesan un control militarhecho con un maniquí
Monrovia (Liberia), mayo de 1996

Nadie lo sabe pero Inés vivía con un maniquí. Esto no sería inusual a no ser porque hablaba con él a diario. También le daba de comer y dos veces a la semana lo bañaba.

Conozco a Inés desde que le pidió el divorcio a su marido, allá por el ochenta y seis, cuando nadie se separaba de nadie, y todos se odiaban entre todos. Jamás dudaría de su cordura, la conozco más que a mí, así que créanme cuando les digo que Inés es una de las personas más sensatas que vi. Y no lo digo solo porque fue mi amiga, lo digo respaldada en varios semestres de Psicología que cursé en la Universidad. No terminé la carrera pero esa es otra historia, y esta es la historia de Inés y su maniquí. Ella nunca descifró si era un alma antigua atrapada o un alma del futuro liberada.

Inés insistía en que el maniquí le contaba cosas, y no cualquier tipo de cosas. Este maniquí fue capaz de advertirle que ella viviría hasta los setenta y dos.

Inés me dijo que no le creía, pero la segunda profecía del ser fue que Conejo, un perro de raza indefinida que acompañó a Inés cinco años, sería atropellado por irrespetar un semáforo. Inés se lo tomó en serio, y dedicó varias horas al día a adiestrar a Conejo para que supiera cómo cruzar la avenida. Conocimiento que para sorpresa de todos en la colonia, Conejo supo asimilar incluso mejor que muchas gentes. Aún así, meses después, el pobre fue arrollado por un taxista ciego de un ojo, que se pasó el semáforo en rojo, justo cuando el perro prodigio atravesaba con todas las de la ley.

Inés me contó que lo lloró por una semana sin parar, mientras maldecía al maniquí, quien le exigía café, con una cucharada y media de azúcar, y le repetía que nunca le dijo de quién iba a ser la imprudencia, y que si ella hubiese preguntado a detalle, hubiese recibido una respuesta igual de minuciosa.

Días después, el maniquí le aseguró a Inés que su tía abuela, Rosalía, pasaría por la casa, y que esa visita le cambiaría la vida. Inés no le creyó pues Rosalía no la había visitado jamás, principalmente porque vivía en Estados Unidos desde que ella recordaba.

Cuál sería su sorpresa cuando siete semanas después, su primo Guillermo tocó a la puerta, pidiéndole la caridad de que prestara su casa para velar a Rosalía, pues habían repatriado el cuerpo —tal cual la última voluntad de la difunta— y el presupuesto no daba para más.

Y así fue, días después, Inés recibió la visita de su tía abuela en forma de ataúd. En la misma vela, una vecina le consultó si aceptaba

prestar su casa para el velorio de su abuela Magnolia, quien ya estaba dando sus suspiros finales. La vecina le ofreció un dinerito; pero lo que motivó a Inés a aceptar, fue el pleno convencimiento de que permitirle a los muertos dar una última visita era lo más humano que alguien con un maniquí podía hacer.

Su casa se convirtió en la funeraria oficial de la colonia. Esto le cambió la vida, pues aprendió todo sobre el oficio, incluso a maquillar a los difuntos, lo que descubrió que era su verdadera vocación.

Nunca alguien fue tan feliz en medio de tanta muerte y llanto.

Excepto el maniquí, que para entonces —según Inés— le había contado varias historias de su vida, entre las que destacaba su paso por la Guerra Civil de El Salvador. Le manifestó que vio las cosas más desgarradoras que un maniquí podía ver: luciérnagas sin luz, gardenias sin aromas, niños sin canicas y ancianos sin historias. Nadie supo cuántas vidas salvó el maniquí volviéndose el confuso blanco de las balas, dando un parpadeo de tiempo, que parecía más prolongado a capricho, para que los perseguidos se escondieran.

Pero a Inés no le gustaba hablar de eso. Y tampoco le gustaba que le hablaran de eso. Era de lo único que no hablábamos: de la guerra, de no ser por eso, podría asegurarles que hablamos de todo. A veces la miraba sin que se percatase y la imaginaba bailando tango en Buenos Aires. Siempre quise que conociera Buenos Aires.

Cómo la extraño.
Inés, te extraño.

Y pensar que nunca le creí, ni siquiera cuando la encontré helada sobre la cama cuando cumplió los 72. Yacía con un rostro que más parecía un grito entrecortado, como reclamándome mi escepticismo, desde quién sabe qué lugar. Sigo sin creerle, pero miro fijamente al maniquí, que es lo único que tengo de ella, y ya no me siento tan sola.

—Vas a morir a los setenta y siete —me dice esta que no sé si es un alma antigua atrapada o un alma del futuro liberada—. Vas a morir a los setenta y siete, pero vas a desear estarlo desde los setenta y cinco —sentenció—. Ahora traeme un café con una cucharada y media de azúcar.





EL MUNDO ERA
GRANDE, CRUEL
Y DOLOROSA-
MENTE REAL.

El problema es la raíz

Lucía Gabriela
Morán Castellanos

Fotografía de Gervasio Sánchez:
Una pareja de refugiados llora al atravesar la frontera entre Kosovo y Albania
Morina (Albania), abril de 1999

Las delgadas paredes en aquella pequeña pensión de Zagreb no contuvieron nuestros gritos. Emil fue el primero en llegar a las lágrimas, diciéndome que yo era un desalmado, que él no podía concebir la existencia de alguien como yo, que quizá solo se había mantenido a mi lado por capricho o negación. En respuesta, yo lo llamé débil y sensible; era yo quien no podía concebir la existencia de alguien tan emocional como él en nuestra profesión. El mundo era grande, cruel y dolorosamente real. Las personas necesitaban verlo, y era esa convicción la que nos unió en un principio. Emil era un fotógrafo autodidacta, enfurecido e inspirado a la vez por las tendencias mediáticas del momento, que condenaban la verdad de su país y muchos otros a un tuit de media mañana; y yo, un periodista en potencia huyendo de la pequeñez de la tierra donde nací, una esquina estéril y hermética donde las noticias llegan incompletas, si es que llegan, y muy pocos se atreven a levantar la mirada de su propio camino.

Ambos fuimos honestos al conocernos. Emil admiró mi determinación, el coraje que me empujaba a cruzar límites físicos y del lenguaje, a aprender frases de idiomas complejos para realizar entrevistas improvisadas, a escribir borradores de notas en la parte trasera de tiquetes de peaje o recibos de cafés. De él, yo adoraba su corazón. Todavía lo adoro. Antes de Emil, jamás había conocido a alguien tan incapaz de ser indiferente, y jamás había visto a un hombre derramar tantas lágrimas en público, sin límite, sin necesidad de contener los sollozos que le estremecían el pecho y le sacudían los hombros. Yo no podría hacerlo, a pesar del tiempo que me separa de los yugos de mi infancia. Si he de ser honesto, quizá nunca los dejé atrás. Quizá precisamente debido a ellos, la dulzura de Emil terminó por sofocarme; sus lágrimas comenzaron a despertar no ternura, sino repulsión, algo demasiado cercano al desprecio como para ignorarlo. También le dije todo esto durante nuestra pelea. Los ojos de Emil se secaron.

—No lo comprendes. No me comprendes a mí —dijo él—. No puedes.

—Entonces me largo —dije yo.

Y eso hice. Emil no me detuvo. Reuní mis cosas en mi bolso de viaje y esa misma noche salí de Zagreb para no tener que compartir ciudad con él. Helena, una vieja amiga de la universidad, me recibió en su apartamento en Zadar, donde el sol del mediodía no hizo sino empeorar el enojo que se había fermentado a lo largo de tres transbordos de autobús. Sen-

tado en un café frente al mar, y sin haber dormido un solo minuto, me dispuse a planear mi regreso a El Salvador. Fueron la rabia y la terquedad las que me sacaron del país, y había una cierta gracia en que esas mismas emociones me halasen de regreso. De enterarse, Emil se habría echado a reír. Pero era él quien no comprendía nada. Regresar a El Salvador era una manera de reivindicarme, de cobrar una venganza vacía, pues Emil no estaría allí para presenciarla.

Sus lloriqueos cada vez que cubríamos los pasos fronterizos durante un conflicto, la humedad de sus ojos tras el visor de la cámara cuando presenciaba los rostros de refugiados o desplazados, todo ello me parecería un chiste al verme estancado en el tráfico de San Salvador un viernes por la tarde, escuchando sobre muerte en la radio, leyendo sobre muerte en las redes sociales. ¿Cómo llorar por un lugar donde los ricos ven las leyes como algo opcional, donde es más probable obtener un milagro del cielo que justicia en un juzgado, donde lo que sea que hubo entre Emil y yo, por más breve que fuera, no sería más que pecado y crimen contra la moral? Regresar también era eso: un claustro autoimpuesto, pues sabía, desde mi adolescencia, que no tengo el valor necesario para arriesgarme a tener pareja en El Salvador, y no quería más que estar solo hasta poder aclarar mi mente.

Incluso para regresar, ese maldito lugar me creaba problemas. Las rutas que conocía de antes no estaban disponibles, o tenían precios exorbitantes. Mi camino sería largo y desgastante, pero mi mano no tembló al comprar los boletos. Sería mi última aventura por un buen tiempo, ¿por qué no disfrutarla? Con ayuda de Helena organizamos un itinerario más o menos sensato, bebimos durante el atardecer, y partí la mañana siguiente rumbo al aeropuerto de Zadar. Mi primera parada fue, irónicamente, Zagreb. Pensé que podría encontrarme con Emil, huyendo como yo de regreso a casa; pero a mí alrededor no había más que rostros hastiados, fríos y anónimos, interesados en las pantallas de sus teléfonos o los anuncios de los altavoces. No había lágrimas por ninguna

parte. Las personas visitan y se marchan todo el tiempo, ese es el nuevo mundo en el que vivimos, y ya iba siendo hora de que Emil lo aprendiera.

De Zagreb viajé a Frankfurt. La ola de viajantes inexpresivos era allí un genuino maremoto; las personas iban y venían con una prisa terrible, y no tardé en unírmeles para poder cruzar decenas y decenas de salas de espera hasta dar con mi puerta de embarque. Una pareja de cincuentones a mi lado se había acurrucado para dormir, y decidí hacer lo mismo, rodeando mi bolso y rindiéndome ante el cansancio. No iba siquiera a la mitad de mi recorrido, y pensar en el calor infernal de El Salvador solo lograba desalentarme más.

Llegué a Ámsterdam. Pasé la noche en un hostal cuestionable, lleno de gringos con un olor a hierba tan denso que parecían haberse exorcizado en humo. Al mediodía, regresé al aeropuerto y partí hacia Colombia. El cateo de seguridad en aduanas me convenció de que había cruzado el Atlántico para regresar a mi realidad sin glamur ni sentimentalismos. Allí sí que era necesario aferrarme de mi bolso y mantener los ojos abiertos.

Para sobrellevar la espera, tomé mi teléfono y me dediqué a liberarlo de todas las fotografías que no necesitaría. Empecé eliminando fotografías que había tomado de Emil cuando él no se había percatado de mi presencia, pero el impulso fue breve. Podía recordar el instante preciso de cada imagen, sus historias, como si yo fuese el maldito fotógrafo y no un periodista amargado. Vi a Emil bajo la nieve de Estocolmo, observando tristemente a los jóvenes que no salían retratados, un grupo de chiquillos puestos hasta el tope con cocaína, desmayados en un callejón como bolsas de basura apiladas una sobre la otra. Vi a Emil usando una camiseta blanca totalmente empapada de sudor mientras deambulábamos por las calles de Hong Kong, en busca de un grupo de estudiantes con quienes habíamos quedado semanas atrás, de manera clandestina. Vi a Emil llorando en tantas costas y tantas fronteras, descartando las imágenes borrosas de refugiados y exiliados que sus manos temblorosas habían estropeado.

Cerré la carpeta de imágenes y consideré, por un instante, ponerme al tanto de las noticias en El Salvador, aquellas que yo buscaba evitar tanto como mi profesión me lo permitía. La amargura en mis entrañas me lo hizo imposible, así que dejé mi teléfono en paz y abordé mi vuelo hacia Panamá. Poco a poco, el acento que flotaba en el aire se asemejaba más al mío, pero seguía teniendo una cualidad desorientadora que jamás he podido describir de manera exacta, y no por falta de intentos. Al anochecer, tomé un último vuelo con destino a Guatemala, donde otro amigo de confianza, Claudio, me esperaba para escuchar mis penas e invitarme a un trago. El calor era ya una presencia más entre mi cuerpo y mi ropa. El aeropuerto de La Aurora estaba desolado a esa hora, y preferí esperar un mensaje de Claudio antes de salir a la calle y exponerme a ser asaltado. Era una preocupación tan mundana que tuve que sonreír para mí mismo.

Claudio, sin embargo, no reía. Luego de un saludo breve me llevó a su apartamento y me hizo repetir lo que él ya había hecho esa tarde, por petición mía: revisar los itinerarios de autobuses de los próximos días que partían hacia El Salvador y reservar un viaje de ida para mí. La mayoría de las páginas web mostraban un mensaje de error, los servidores no respondían, o simplemente tenían la sección de próximos viajes vacía. La espera de la mañana fue eterna. Tan pronto fue una hora decente, llamamos a todos los números que encontramos de agencias de viaje e incluso de taxis ejecutivos, y en cada una la respuesta era similar: no había información suficiente, eran causas mayores, no sabían cuándo se restablecería el servicio, lo sentían mucho. Otras búsquedas ofrecieron más de lo mismo: no había manera de comprar cualquier tipo de boleto hacia El Salvador, y hasta el momento solo había especulaciones acerca del motivo. Hacia la tarde, Claudio me preguntó si quería que intentásemos ir en un viaje particular, en su carro. Le dije que sí. No quise hablar de Emil y me fui a dormir.

Despierto tarde. El viaje es largo y surreal. Claudio y yo nos turnamos tras el volante y, apenas sobrepasamos un letrero que anuncia el

paso fronterizo a tres kilómetros, no podemos avanzar más. Una fila inimaginable de carros se ha detenido por completo. Nos estacionamos. En la calle, la gente grita tantas cosas que no puedo comprender lo que dicen. Claudio se queda atrás, pero yo me abro paso como mi profesión me ha enseñado a hacerlo. Algo me obliga a sacar una libreta que mantengo a la mano y pretender, sin credenciales, que estoy allí para reportar algo que desconozco.

Cuando por fin veo el edificio de aduanas, mi garganta se ha cerrado y no puedo hablar. No podré hacer una sola pregunta. De igual manera, ya no necesito hacerlo. Un muro hecho con trozos de madera y alambre de púas corta el paso hacia El Salvador, y sobre él se tienden una serie de banderas negras con letras blancas y rojas que no logro identificar. Un oficial encapuchado se ha subido al techo y anuncia, con un altavoz, que no habrá paso. Que es mejor irse. Que si somos de El Salvador, bien podemos imaginar de qué se trata.

Permanezco allí hasta que cae la noche. Solo regreso porque los demás también lo hacen, porque somos de El Salvador, y bien podemos imaginar qué ocurre cuando no hay más que oscuridad. El camino de vuelta al carro es una pesadilla. Sin mis credenciales me siento desnudo, y lo peor es saber que, aunque las tuviera, no me valdrían de mucho. Encuentro a Claudio y no nos decimos nada. Dentro del carro, esperamos mientras otros vehículos parten de nuevo hacia las entrañas de Guatemala, y todos los rostros son similares: jóvenes y ancianos, padres e hijos, todos lloramos. Yo también lloro. Lloro, y me siento un estúpido, un idiota.

Ahora, me imagino a Emil fotografiándome. Su memoria me dice al oído que yo elegí irme, que fue mi elección, y que, a pesar de mis circunstancias, de mi niñez, de mis yugos, el privilegio de la elección es algo incomparable. No puedo parar de llorar. Sé que mi mirada está vuelta hacia el frente, hacia la carretera más allá del parabrisas, pero mis ojos, mis ojos de adentro, los que yacen con mi alma, solo son capaces de ver lo que tengo a mis espaldas, lo que ha sido vedado y vivirá ahora únicamente en mi recuerdo.

INVENTAMOS JUEGOS PARA ENGAÑAR AL ABURRIMIENTO

Por qué cruzamos la frontera

Edgardo Gutiérrez

Fotografía de Gervasio Sánchez:
Una pareja de refugiados llora al atravesar la frontera entre Kosovo y Albania
Morina (Albania), abril de 1999

a Gloria Geraldina Olivares
y Antonio Cruz Alas

Recuerdo la noche en que no podíamos dormir. Todo el tiempo con los ojos abiertos, escuchando truenos desde muy lejos. A papá le dolían el pecho y los pies. Mamá dijo que eso no era bueno, que debíamos marcharnos. Papá no le creyó, y nos quedamos.

Mamá tenía razón.

Fue la vez que anunciaron la llegada de los soldados por el radio. Mamá se tapó la boca. Papá le hizo así con la cabeza, como si le doliera.

–¿Cuándo va a acabar todo esto? –gritó el hombre de la panadería.

–Cuando se levanten las montañas –dijo la abuela, sentada en una caja de madera.

La radio se quedó sin música. Solo hablaban de los soldados que ya venían, estaban cerca, habían cerrado la frontera, nadie podía salir. Mamá empujó por accidente el radio y cayó por la ventana. Salí corriendo, era muy tarde.

Cuando se levanten las montañas. Esa fue la noche en que no pudimos dormir.

–Ojalá fuéramos pájaros para volar lejos –dijo el panadero.

–Tené cuidado con lo que decís –advirtió la abuela, y señaló el cielo.

Una puerta pasó rodando por el aire. Me asusté y me acordé de los soldados. El miedo se volvió asombro cuando vimos que la puerta no paró de caer. Se quedó en el aire, no podíamos creerlo. Corrimos a verla. Estaba quieta, y solo se movía por la brisa. Todo el mundo vino a verla. Le tiramos piedras, era una puerta de verdad. Muchos intentaron «bajarla» al suelo, pero fue imposible.

Con los días, dejamos de prestarle atención. A mi corta edad, esto se volvió natural, y no me pareció extraño que las ventanas, los barriles, los autobuses aprendieran a volar. Fue gracioso ver la estatua de un elefante elevarse como una papalota sobre la cabeza del panadero. Por un momento, ver pasar una cocina, un árbol, una serpiente de piedra, nos distrajo de la llegada de los soldados una semana después.

Al tercer día, «nos cayó la desgracia» según dijo la abuela. Los objetos pequeños, una moneda, una pluma, una flor, un zapato, se volvieron imposibles de levantar del suelo. Había que andar con cuidado de no golpearse con una telaraña o un pelo de gato. Las cosas que antes eran ligeras se convirtieron en gigantes que ni el mejor de los albañiles podía mover.

Un lápiz, que nadie sabe de dónde vino, casi parte por la mitad un tanque de guerra que apareció flotando en el horizonte.

Para que las casas no se fueran a la deriva, se nos ocurrió atarlas a

objetos más pesados, en nuestro caso utilizamos tenedores, cucharas, globos, pelotas, dados, escobas y llaves.
Inventamos juegos para engañar al aburrimiento. Uno de ellos, atar columpios a los camiones para dar «paseos en globo». Mamá le hacía así con la mano para que me bajara. No le gustaba que jugáramos en el aire.

La escuela cerró porque nadie podía sostener una hoja de papel para escribir, menos para leer. Los profesores decían que todo tenía una explicación, y para evitar que la escuela se fuera de vagabunda, la sujetaron con aviones de papel que tenían guardados de los días de nuestras travesuras.

Cuando hacía viento, teníamos cuidado de no pasar cerca de los árboles, para no ser aplastados por algún mango o una guayaba.

Al cuarto día, los animales grandes, las vacas, caballos y algunos perros gordos también aprendieron a bailar en la brisa. Todo el día haciendo alboroto hasta que alguien les colgaba alguna campana de una pata y podían descender otra vez.

Daba tristeza ver a los gatos y pájaros caminar como tortugas.

Mamá dijo que nos teníamos que marchar. Venían los soldados. No logramos salir el quinto día porque sucedió algo pavoroso.

Primero fue un sobresalto. Como si la tierra se partiera en dos. Salimos a ver y fue fantástico. Una nube se había derrumbado sobre la iglesia abandonada.
–¿Hay algún heridooo? –gritó el panadero.
Por suerte, hace siglos nadie estaba allí. La nube destrozó un santo de yeso. Otra nube venía rodando, de una montaña blanca, o de un volcán de algodón. Fue un gran susto. Así de grande.
Tuvimos suerte de que las otras nubes fueran medianas y se quedaran vagando a la altura de nuestras cabezas.

Al siguiente día, todo el mundo tenía sus maletas listas, y habíamos inventado aparatos para el escape. El panadero, el albañil, los profesores, y mis padres construyeron alas de zopilote para que las casas se desplazaran en una dirección específica. Ya teníamos nuestra casa nave-

gante, pero la mala fortuna quiso que los clavos y tornillos se desprendieran con el primer intento, y nuestras alas se precipitaron sobre las nubes de abajo.

El séptimo día llegaron puntuales los soldados. Ordenaron que nos rindiéramos, o abrirían fuego. El terror nos dejó atontados. La abuela se asomó por una ventana, y les gritó:
–¡Ataquen si quieren, cobardes!

Los soldados dieron una hora para que entregáramos las armas. Nadie salió por la desesperación. Mamá y papá me dijeron que pasara lo que pasara, ellos me iban a cuidar, no me iban a dejar solo.

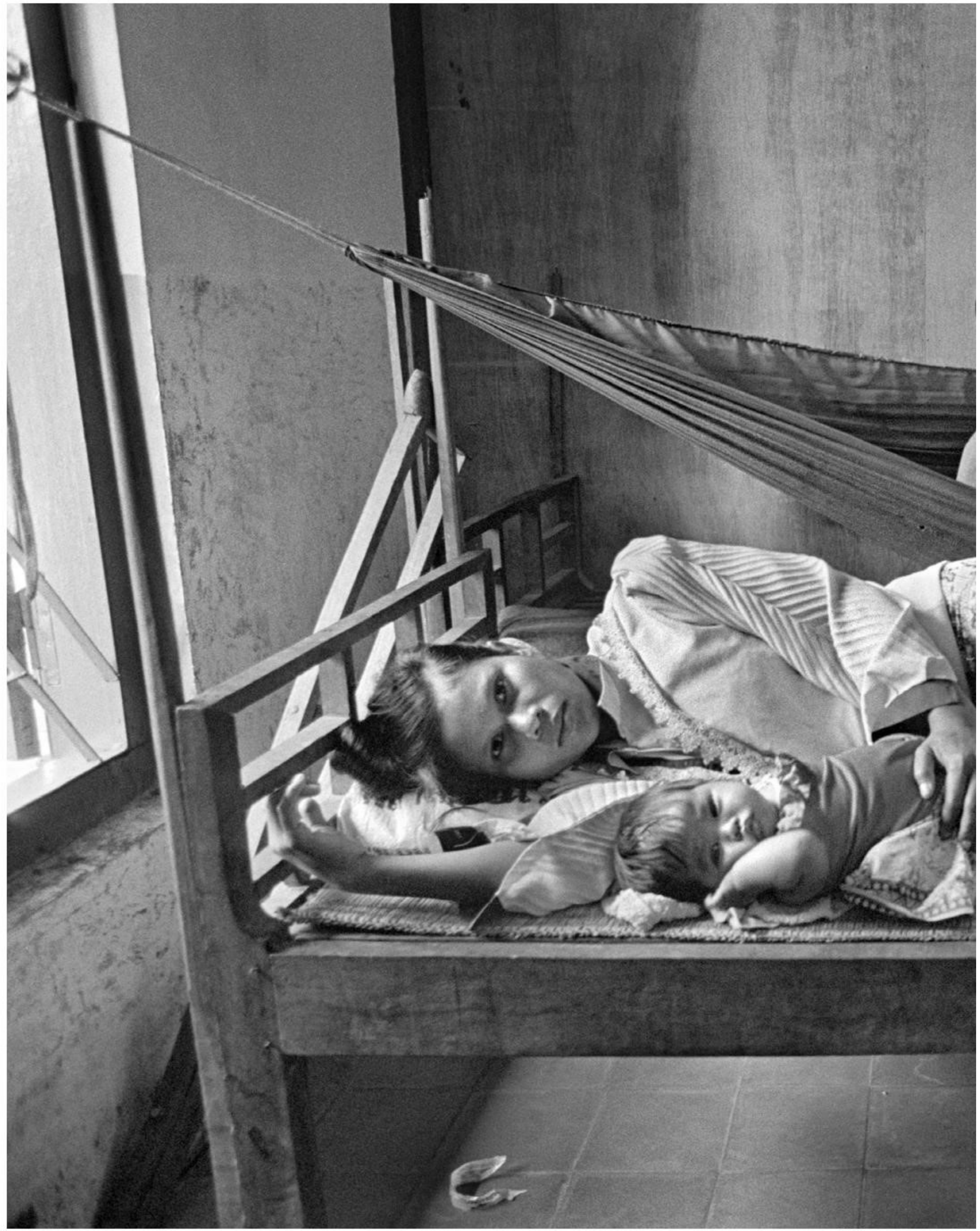
Una explosión nos hizo abrazarnos. Escuchamos el avance de los tanques y, luego, gritos. Vimos, al cruzar la entrada del pueblo, que los automóviles, tanques y camiones se suspendieron en el aire.

Recuerdo que los soldados intentaron llegar hasta nosotros, pero estaban tan desconcertados, que decidieron encerrarse en sus camiones toda la noche. Algunos creyeron que podían volar, pero se desgraciaron.

Recuerdo una montaña verde que se acercaba a nosotros. Los árboles también aprendieron a volar. Mamá y papá me dijeron que era el momento de la huida. Mientras los soldados dormían, nos fuimos de rama en rama, de tronco en tronco, de árbol en árbol cuanto más lejos mejor. El panadero llevaba sobre su espalda a la abuela, y los bebés iban sobre sus padres.

Escalamos árboles toda la noche, hasta quedarnos dormidos. Al despertar, el bosque estaba sobre tierra firme, y eso nos puso nerviosos, porque ya estábamos acostumbrados a verlos flotar. Estábamos cerca de la frontera. Pedimos ayuda a la gente del primer pueblo que encontramos. Nos prestaron un auto para llegar más rápido. Papá conducía con lágrimas en los ojos, y mamá se cubría el rostro con las manos para que no la viera tan triste.

Se los cuento a ustedes de esta manera, porque en aquel tiempo yo era un niño, y no conocía el rostro horrible de la guerra.





ATESTIGUARON
SU SOBRENATU
RAL BRILLO AL
FONDO.

Memoria de fotografía

Karen Escalante

Fotografía de Gervasio Sánchez:
Una mujer víctima de una mina antipersona descansa en el hospital junto a sus tres hijos Siem Reap (Camboya), enero de 1996

A mi escritor y académico favorito Rafael Lara-Martínez

Esa fotografía inserta en la pared me observa desde hace días, su mirada incisiva rasga mi conciencia que palpita en todo momento.

Sus múltiples ojos reclaman mi atención desde el día que entré por primera vez. Me miró, fingí no verla. Lo primero que hice fue dejar mis cosas en la silla junto a la mesa. Luego recorrí la galería de forma inversa. De tal manera, la última foto era la primera; luego estaba esa fotografía. Contiene imágenes de niñas, niños de todas las edades, también una señora. En ese momento el maestro de turno hizo un saludo, salió a paso ligero.

El pasillo parecía acercarse, había algunos espacios oscuros que tragaban luz. Unas luciérnagas se posaron sobre el mozote que estaba al lado de esa fotografía, parecía que nadie más miraba esos seres luminosos. Decidí sentarme y esperar la clase del día. En mi cuaderno estaban escritos los nombres de Rufina Amaya, Ralph Sprenkels pero nadie más estaba en la mesa, entonces, la fotografía me miró de reojo.

Al terminar las clases — pensé — voy a investigar sobre Rufina Amaya, Ralph Sprenkels, El Mozote y las luciérnagas.

Esos datos no podían pasar inadvertidos por ninguna persona que presenciara la escena completa. El ritual iniciaba cada día con la presencia viva de esa fotografía, el recorrido de forma inversa en la galería, las cosas puestas en la silla junto a la mesa y encontrar nombres y palabras nuevas en el cuaderno con tinta color luciérnaga.

Después de varias jornadas de acercarme a la fotografía, por fin ha decidido hablar sobre la señora que se encuentra acostada, en una cama improvisada de madera, dentro de la foto con las niñas y niños.

—Fotografía —hace muchos años la señora Lenca ayudaba a labrar la tierra a su esposo. Solía llevar varias semillas autóctonas de maíz en múltiples colores. Ese arcoíris llenaba a su familia de felicidad. Alimentos que guardaban en graneros comunitarios. Aquellos días estaban plasmados de bellas estampas que en el campo pretendían historias de vida feliz. En los montes recogía algunas flores y frutas que a menudo sustentaban a su familia. Por ahora esas memorias quedan en su alma, como testimonio de esos amaneceres que un día intentaron alargar. El conflicto armado ha sido cruel desde tiempos anteriores, aún lo es. Solo quedan los amargos hechos que un día cosecharon sin querer.

Su recuerdo navega por las aguas del río, un día albergó peces, camarones, cangrejos, sostuvo a la comunidad, ahora solo contiene casquillos, bolsas, basura, químicos que envenenan la vida. El río saciaba tierras, plantas y demás seres vivientes. En su inmensa bondad ofrecía agua que bebían y compartían. Disfrutaban nadar con el camarón de oro en la poza del encanto. Bañaba sus días. Atestiguaron su sobrenatural brillo al fondo.

Sus hijas la tienen a ella, preguntan por su padre en el recuerdo. Han regresado a esas tierras, arrasadas por los estragos del conflicto armado. Su espíritu viaja por el campo. No se sabe en qué lugar se encuentra el cuerpo de su esposo. Es una cifra más que cuelga en la pared de algún lugar de memorias inexistente. Por ahora.

Ella trabajaba la tierra. Pero un día, al salir en una guinda, se desvió, pasó sobre una mina que explotó su extremidad. Por suerte su hija que aún era bebé, la llevaba una mujer que metros antes se ofreció ayudarle con la niña, sin imaginar que una mina arrebataría la pierna y casi la vida de la señora. Todo pasó tan rápido; como pudieron amarraron un manojo limpio de hojas medicinales a su pierna y unas cuer-

das de cáñamo. No había tiempo para más, debido a la explosión recibieron una advertencia, se aproximaba un helicóptero del ejército. Si los descubría sería su fin, pese a ser civiles.

Salieron sin pensarlo. Las niñas y niños lloraban horrorizados. La gente imploraba al cielo de diferentes maneras, a la vida, a diosas, a dioses, a la suerte, que les concediera vivir. Unos echaron las pocas cosas que salieron volando por todas partes, mientras los otros salían huyendo del lugar con la señora a cuestas.

Ella era fuerte como las caobas inmensas que hace más de quinientos años habitaron el lugar. Lograron escapar de ese horroroso monstruo mecánico, que burlaron gracias a los escondites que les obsequió en ese momento una enorme ceiba preñada. Los abrazó por largas horas, los llevó al centro de su inmenso corazón, mientras el peligro pasaba. Luego los devolvió a los caminos de selva tropical. La señora fue llevada a una casa-hospital, la dejaron reposando en una improvisada cama de madera…

Cierran la galería. Debo irme —pensé—. No sé si vuelva a encontrarme con esta fotografía alguna vez. Debo tomarle una foto para seguir hablando con ella.

Fotografía de Gervasio Sánchez:
Una niña sale de su casa alcanzada por un proyectil
Sarajevo (Bosnia-Herzegovina), octubre de 1993


CORONA

BAJAN A JU-
GAR CON LOS
ESPÍRITUS DE
LOS NIÑOS.

Nosotros

Karla Julissa
Parada Flores

Nosotros tenemos el mismo derecho de estar aquí. Somos hijos de estas tierras, de este cielo, de este pueblo. Lo vimos crecer, convertirse en lo más cercano a una ciudad. Fuimos quienes nos alegramos cuando el primer edificio de dos plantas fue construido, protestamos cuando quisieron talar el bosque, cuando empezaron a contaminar el río. Fuimos quienes lloramos cuando surgió el segundo río, esta vez de color escarlata, que se deslizaba silencioso por las amplias avenidas, por las estrechas calles, lo vimos ir creciendo y creciendo hasta que creímos que iba a desbordarse, a colarse por debajo de las puertas. También fuimos los que sentimos esperanza cuando las bombas cesaron.

Tenemos el mismo derecho de estar aquí, y ahora quieren echarnos. Dicen que debemos irnos, insistimos que no tenemos a dónde ir, pero ellos no dan su brazo a torcer. Están empecinados en que nos vayamos. Nos dicen que de seguro encontraremos un nuevo lugar donde habitar, uno acorde a la vida que llevamos. Eso es lo que aterra a la mayoría, el ir en busca de ese nuevo lugar que nadie se atreve a siquiera considerarlo como hogar. Por eso preferimos quedarnos aquí. Todos tememos que nos encontremos con algo peor de lo que ya hemos experimentado, si es que eso es posible.

Sin embargo, desde que llegó el personal del gobierno la presión para que nos vayamos es mayor. Dicen que van a reparar los edificios, a construir nuevos. Y es difícil de creer porque por toda la ciudad aún hay escombros en las calles, autos incendiados y el segundo río aún no termina de secarse, el olor de la sangre sigue allí, en especial en los callejones.

Camino a casa me pasan al lado dos hombres del gobierno, pero me ignoran. Su posición respecto a personas como yo es clara. Somos indeseables. Debemos irnos, insisten que ya no hay sitio para nosotros en el mundo que quieren construir y si seguimos allí solo les recordaremos todo lo que desean olvidar. Pienso que no deberían hacerlo, les insistimos que si nos quedamos allí no van a cometer los mismo errores, queremos hacerles ver que podemos ser historiadores o al menos servir de atractivo turístico. Intentamos demostrarles que aún podemos servir, les hablaremos a quienes quieran escucharnos de los tiempos felices, de cuando trajeron la campana para la iglesia, del asombro que despertó cuando sonó la primera vez; les contaremos cómo solíamos ir a los altos puentes y saltábamos de ellos a las cristalinas aguas del río solo para demostrar nuestra valentía; les hablaremos de los primeros ataques, de cómo los edificios orgullosos se negaban a doblegarse

ante los misiles, perdían los techos y ventanas, pero permanecían de pie. Hablaremos de la tensión en el silencio, de la falsa calma después de un ataque y sobre todo les hablaremos de cómo morimos.

Sabíamos que pronto toda esta tensión contra los vivos nos pasaría factura, pero nadie vio venir la manera. Una noche las máquinas desfilaron hasta las casas donde habitábamos. Se habían cansado de nuestra terquedad e intentaron demolerlas. Yo no lo vi, pero los que estaban cerca dijeron que Sara explotó, en verdad explotó, quizás de rabia porque ellos no nos dejaron en paz, quizás fue por el miedo o simplemente de tristeza. Ojalá que nunca lo experimente porque nadie sabe qué le pasó a su alma, lo único que quedó claro es que el alma es poderosa porque arrasó con cinco casas y mató a todos los vivos que manejaban la maquinaria.

Nadie nos molestaba desde hacía semanas y creíamos que al fin nos dejarían en paz, pero esta mañana han deslizado bajo mi puerta una nota citándonos en la canchita de fútbol afuera de la ciudad a las dos. Todos vemos con desconfianza la nota, pero igual llegamos puntual. Están dos hombres esperándonos, uno es compatriota nuestro, pero el otro no es de acá. Es un extranjero bajito, moreno, de cabellos y ojos oscuros. Me llamó la atención su mirada, era triste, similar a la nuestra. El hombre empieza a hablar despacio, me pareció que tenía pena, hablaba en un idioma que nadie conoce, pero nuestro compatriota era un traductor y se encarga de decirnos que el extranjero se llama José, que viene de un pequeño país en Centroamérica y que allí también hubo una guerra y que hay espíritus como nosotros. Dice que cree comprender por lo que pasamos, que sus hijas son iguales a nosotros.

José se ve buena persona, pide escuchar nuestras historias y uno a uno le vamos diciendo todo para que el traductor se las relate. Quisiera hablar su idioma para poder contarle todo a detalle. El traductor hace su trabajo con voz monótona, pero José ya ha escuchado el dolor en nuestra voz y creemos que lo entiende, su país también tuvo una guerra, nos enseña unas fotografías y me sorprende ver que solo los edificios cambian, la destrucción es igual, la desesperanza y tristeza en los ojos de su gente es igual a la de los nuestros. Hablamos hasta tarde y dice que no se irá hasta ayudarnos, pero nos

advierte que ambas partes deberemos ceder un poco, y estamos de acuerdo.

La solución nos llega dos días después. José nos informa que nos podemos quedar en el pueblo, pero que debemos mudarnos al hotel abandonado de la zona sur. El edificio es lo suficientemente grande para que quepamos todos, que estaremos cómodos allí y nos recalca que debemos dejar las casas porque las demás personas quieren continuar y parte de ese proceso incluye reconstruir el pueblo.

Nos duele dejar nuestras casas, nadie lo va a negar, pero estamos de acuerdo en ceder y poco a poco nos mudamos al hotel. Este es un edificio de dos plantas que tiene la palabra «Corona» incrustada en el concreto. Nos sorprende que toda la palabra siga intacta y que solo haya agujeros en toda la fachada del edificio; el techo se derrumbó, pero los cimientos están intactos. Todos vemos el lugar y, luego, unos a los otros y sabemos que aprenderemos a vivir allí.

Los meses pasan y el pueblo empieza a recuperarse, las personas ahora sonríen más, ya nadie nos ve mal cuando queremos dar un paseo por el lugar. Sin embargo, poco a poco nos deja de gustar ir al pueblo. Muchos edificios de apartamentos fueron reconstruidos, es verdad, pero hay otros que fueron demolidos y ahora se alzan unos más modernos en su lugar y eso nos hace sentir en otro pueblo, otra época, en fin, en otra vida; y no me malentiendan, estamos felices que ellos sigan adelante, pero ese pueblo ya no es nuestro.

El pueblo en el que crecimos se ha reducido a la calle en que habitamos. Una que pedimos que conservase los escombros, los edificios destruidos. Pedimos que conservara todo aquello que nos resultaba familiar. A veces vienen niños al edificio a visitarnos, les gusta que pretendamos asustarlos, adoran que hagamos rechinar las tablas sueltas del piso o azotemos las puertas. Nos gusta jugar con ellos e incluso algunos nos piden que les contemos historias del pueblo antes que la guerra estallase. Nos preguntan cómo eran aquellos familiares que creían que pudimos conocer y luego bajan a jugar con los espíritus de los niños que viven en el edificio. Y a mí me gusta verlos jugar en las tardes, desde la ventana del segundo piso del que ahora llamo hogar.





BRILLAN TANTO
QUE PARECEN
QUEMAR MIS
PUPILAS.

Me decidí por esto

María José
Rodríguez González

Fotografía de Gervasio Sánchez:
Adis Smajic, víctima de una mina antipersona, consulta su reloj colocado en su prótesis
Sarajevo (Bosnia-Herzegovina), junio de 1997

I

Estaba saliendo del lugar donde yo vivo, miré mi reloj, eran las dos de la tarde y tenía que llegar de prisa al centro comercial. Mi novia me esperaba. Este día, 6 de junio, cumplimos 3 años como pareja; yo le había prometido que este sería uno de los mejores días de su vida.

Estando fuera del edificio escuché una voz desconocida, al parecer una anciana, que desesperadamente pedía auxilio pues unos cobardes con cuchillo en mano la despojaban de sus pertenencias y al parecer, pretendían lastimarla.

Yo siempre he sido una persona sin escrúpulos: donde debo estar, estoy y donde no, me mantengo al margen. Mis padres siempre me decían que las mejores acciones son aquellas que hacemos sin esperar nada a cambio, por quienes ni siquiera conocemos. ¿Quién iba a decirlo? La noche anterior mientras dormía jamás imaginé que al día siguiente me vería en semejante situación, que me obligó a preguntarme rápidamente si debía ayudar a esta persona que jamás había visto, aún sabiendo que me arriesgaba a ser herido o si debía ignorar, seguir mi camino al centro comercial y encontrarme con mi chica. ¡No había tiempo de pensar! Me decidí por...

II

Llegué al centro comercial, ella estaba de pie con el ceño un poco fruncido pues ya llevaba media hora esperándome. Le di el beso más apasionado hasta entonces y posterior a eso nos dirigimos al restaurante que a ella tanto le gustaba. ¡Qué delicia de platillos, qué delicia verla sentada frente a mí sabiendo que nos aguarda una vida juntos, qué delicia tener mente y conciencia tranquilas!

—Hoy en la mañana las chicas se portaron divinas conmigo, fuimos a Sanborns a comprar…

Mi cuerpo estaba presente, en esa mesa, pero mi mente divagaba, buscando excusas para no sentirme tan culpable, pensando y pensando qué demonios dirían en las noticias sobre el destino de esa pobre señora a la que decidí no ayudar. ¿Quién fue más cobarde: los tipos que la amenazaban con esos cuchillos afilados o el tipo que pudo hacer algo heroico y prefirió no hacerlo?

—… ¡fue tan divertido ver como bailaba! y, además, eh, ¿amor?, ¿mi amor?, ¡AMOR!
¿Te encuentras bien? No estás poniendo atención, ¿pasa algo?

—Susana, quiero preguntarte algo. Si estuvieses en una situa-

ción donde sabes que tienes que ayudar a alguien, pero si lo haces, el rumbo de todo lo que está predestinado cambia por completo, ¿lo harías? Digo, ¿ayudarías a un completo extraño a sabiendas que corres peligro y que no ganarás nada con ello?

Susana tomó mi mano y me dijo:
—Lo haría, Dani, porque a esa persona quizá la espera alguien que la ama y yo no podría vivir tranquila sabiendo que no la ayudé. Lo haría porque si fueses tú quien corre peligro y alguien tiene la oportunidad de salvarte y, no lo hace, no sé si podría perdonarlo.

III

El escenario que construí en segundos me sirvió para saber que incluso Susana comprendería bien las razones de mi decisión. Me decidí por esto...

Corrí tan veloz y ardiendo como llama de fuego mientras pensaba la manera minuciosa en la que el tiempo se había fragmentado en tan solo segundos. Elevé mi vista al cielo y le pedí al mismo un último milagro. Con mis puños golpee el rostro de esos monstruos que me orillaron a un callejón sin salida, pero ¿qué podía hacer más que en-

frentarlos? No soy malo como ellos.

Uno de ellos clavó su cuchillo en mi garganta, luego entre los dos molieron mis huesos a patadas. Me dejaron tirado en el suelo, como perro boca arriba, pero al menos eso le dio tiempo a la señora de llamar a la policía que como siempre, llegó tarde y los tipos escaparon.

Las luces brillan tanto que parecen quemar mis pupilas, esta camilla es incómoda, como si estuviera hecha con ladrillos, pero aquí está ella, a quien salvé, a mi lado y sosteniendo mi mano mientras entramos con los minutos contados a "sala de urgencias".

—¡Está perdiendo mucha sangre! Abran paso, por favor. Llamen de inmediato al doctor Hernán, ¡ya!
—Muchacho, escúchame, gracias por lo que hiciste, pero por favor, ¡no te duermas!

Salí de casa con un plan, totalmente organizado y al final sucedió algo muy distinto, pero ¡ojo!, no me quejo y si sobrevivo nunca me quejaré de esto, porque las decisiones que tomamos son el reflejo de nosotros y yo, me decidí por esto.

Fotografía de Gervasio Sánchez:
Un niño pasea a su mono entre las ruinas de su ciudad
Kuito (Angola), abril de 1997



DISTINGO UNA
SOMBRA QUE
ENTRA POR LA
VENTANA.

Mi amigo de ojos profundos

Gabriela López Lemus

Papá siempre viajaba y desde que mamá murió, yo le he acompañado a donde fuese, pero esta vez era diferente. Papá se oponía a mi compañía. Aun así, lloré y le suplique que me dejara ir. Después de todo, ¿quién querría quedarse con la nana Nora?

La ciudad estaba en ruinas, puesto que el pueblo se encontraba en guerra y el Gobierno, el día anterior, había amenazado a los subversivos con represalias inhumanas. Así es como el sol quemaba y el pueblo callaba. Aunque según escuché, eso no les impediría armar un nuevo plan.

Papá tomó unas fotos aquí y allá, la mayoría de edificios en ruinas y personas con prótesis, todos vestigios del conflicto.

—Esta es la última del día, pronto almorzaremos —dijo papá mientras estaba a su lado observando la escena.

En eso escuché una canción que nunca había escuchado y que perduraría en mi mente el resto de mi vida. Delante de nosotros apareció un joven con un estéreo en mano, junto a un mono de compañía atado con correa. Nos miró extrañados.

Recuerdo que lo primero que me impactó al verlo fue su piel oscura. No era como la de los otros ciudadanos, era diferente, era como si en ella se escondiese un misterio que solo yo podía descifrar.

—¡No te muevas! —exclamó mi padre— Te tomaré una foto.

Salió con tanta naturalidad. Papá se acercó a él para mostrársela, yo lo seguí. Él me miraba y yo a él, era algo inexplicable. El mono trepó hasta su hombro recibiendo una caricia de su parte.

—Es un lindo mono —dijo papá—. ¿Tiene un nombre?
—Otto.
—¿Y el tuyo?— Las palabras habían escapado de mi boca, ya era demasiado tarde para dar un paso atrás
—Elliot— respondió sin dejar de verme.

No he podido sacarme esos ojos tan profundos de mi cabeza, han estado presentes todo el día. En la oscuridad de mi habitación, distingo una sombra que entra por la ventana y deja algo sobre la mesa, un fruto rojo cuyo olor se expande por todo el lugar. El mono se va por donde entró. «Es él pensé de inmediato. Salí corriendo a buscarlo y, en efecto, ahí estaba él, mirando la oscuridad profunda, como si él fuese parte del mismo cielo nocturno.

—¿Cómo llegaste hasta ahí? —le pregunté.

Elliot estiró su brazo señalando la escalera, de la cual no me había percatado desde que llegué ahí. Decidí subir hasta él, me agarró de la mano y escuché un «con cuidado» de su parte, haciendo latir más fuerte mi corazón.

Contemplamos las estrellas, jugamos con Otto, contamos chistes y secretos. Pasé una velada incomparable a la luz de las estrellas, había olvidado qué tan preciado era tener a un amigo. Sin embargo, los rayos del sol comenzaron a teñir el cielo de colores.

—Es hora de regresar —dijo Elliot
—No quiero volver.
—Si quieres puedo volver esta noche.
—¿Lo prometes?
—Lo prometo.

Regresé a la cama, cerré los ojos mientras pensaba en todo lo que había pasado, lo último que recuerdo fue estar esperando su visita, me sentía emocionada, mis mejillas ardían de tan solo imaginarlo.

Desperté en un hospital de la ciudad, papá lloraba mientras tomaba mi mano. Volví a abrir los ojos, esta vez me encontraba en mi habitación, podía escuchar el chirrido de la vieja mecedora en la cual se encontraba la nana Nora tejiendo una bufanda.

—Tengo hambre... —dije con dificultad. Ella dio un brinco y me

miró con asombro y ternura.
—Pensé que nunca despertaría, señorita, enseguida le traeré su desayuno.

Oí murmullos fuera de mi habitación. De un estruendo las puertas se abrieron permitiéndome ver a mi padre con un rostro preocupado. Resaltaban sus ojeras por el desvelo. Se acercó hasta mí y me acarició la mejilla.

—¿Te encuentras bien? ¿Te sientes mejor? Temía tanto que no despertases —exclamó aliviado.
—Si, estoy bien... ¿Por qué regresamos? ¿Qué pasó con Elliot?—. Me sentía tan confundida.
—Oh, querida… —La expresión de mi papá cambió repentinamente—. El pueblo fue bombardeado. No hay noticias de sobrevivientes, por azares del destino logramos escapar y...
—Él dijo que volvería a verme… —mis lágrimas comenzaron a salir, no las podía controlar, tampoco pude hacer nada al respecto; la fiebre que me había atacado, había impedido reencontrarme con Elliot, mi amigo Elliot.

Treinta años después me he convertido en antropóloga forense, me he unido a un equipo especializado en investigación y reconocimiento de víctimas de conflictos armados. Un nuevo proyecto ha sido encomendado a nosotros, finalmente volveré a esa tierra que dejé hace tanto tiempo atrás, no dudé en aceptar... lo voy a encontrar.

SEGUIREMOS

ACÁ, CAMINAN

DO, CONTANDO

FORMAS.

Personaje: el mono Espacio: Angola, edificios caídos Tiempo: 1997 Clima: sol atenuante

Eunice Córdova

¿Este debería ser un relato de guerra?

En este relato somos dos. Él, todo lo que me queda, y yo, en mi esencia primitiva. Debemos tomar en cuenta la posición geográfica, el sol inclemente que andaba sobre nuestros pasos y las ruinas; tratando de ser aún más específico en el tiempo, no podría explicarle lo relativo de mi existencia a esa alma muy suya, porque me encontraria inmerso en la disyuntiva de que cada uno vive el tiempo de formas diferentes, aunque este sea el mismo tiempo para todos. Quedará continuar caminando. Es lo que nos queda. Voy caminando sobre mis cuatro extremidades.

—¡Camina, que aún nos quedan dos casetes! – me gritó a lo lejos.

—Voy, ya voy caminando, podría ir en tu hombro, si me lo permitieras, o en tu cabeza. Avanzaríamos más rápido, quién sabe. –Mientras vamos caminando les podría hacer el recorrido en este cuadro. Permítanme introducirlos a nuestra cotidianeidad, a nuestra putrefacción, a la fracción de consistencia en la que a veces solemos jugar. Caminamos y jugamos. Gana quien cuente más agujeros en la pared y, al final del día, gana quien sobreviva.

—Ciento treinta y cinco, voy ganando —dijo él.

—No, ciento cuarenta y dos. Me tendrás que dar más de la mitad de ese banano. —Como si no bastara mantenernos con vida, le agregábamos una apuesta extra al juego. Apostábamos las raciones de comida; por supuesto, yo siempre perdía, le decía que se lo atribuía a mi condición animal, que la conciencia no es lo propio de mi especie. Aunque podríamos parecer primos lejanos, en relatos científicos, esa era la diferencia entre él y yo. Al final le dejaba ganar.

—Vas a perder, igual que siempre. Ciento treinta y seis, treinta y siete, treinta y ocho. —Siguió caminando despreocupado.

—Ciento cuarenta y tres, y un agujero en forma de ballena. ¡Já! —dije. Acá contaba quién más creatividad tuviera, ese se llevaba la ración más ostentosa—. Y dos elefantes, de seguro te ganaré.

Avanzamos unos treinta minutos, había sol, aún fuerte, insolente. Las moscas nos seguían, la correa me sofocaba, pero él tenía miedo de perderme. Nos hacíamos compañía, hasta este momento. No sabría distinguir quién era el más valioso, después de un tiempo comprendí que lo más probable es que yo

lo necesite más a él, que él a mí-.

—Voy a cambiar el lado del casete, creo que podríamos ir bailando de acá hasta donde la nana. —Le observé, presionar el botón, abrir la cajuelita, sacar el casete, olerlo y en el mismo movimiento, introducirlo.

—¡Tambores! —gritaba, saltaba y bailaba, como cuando me pican las garrapatas.

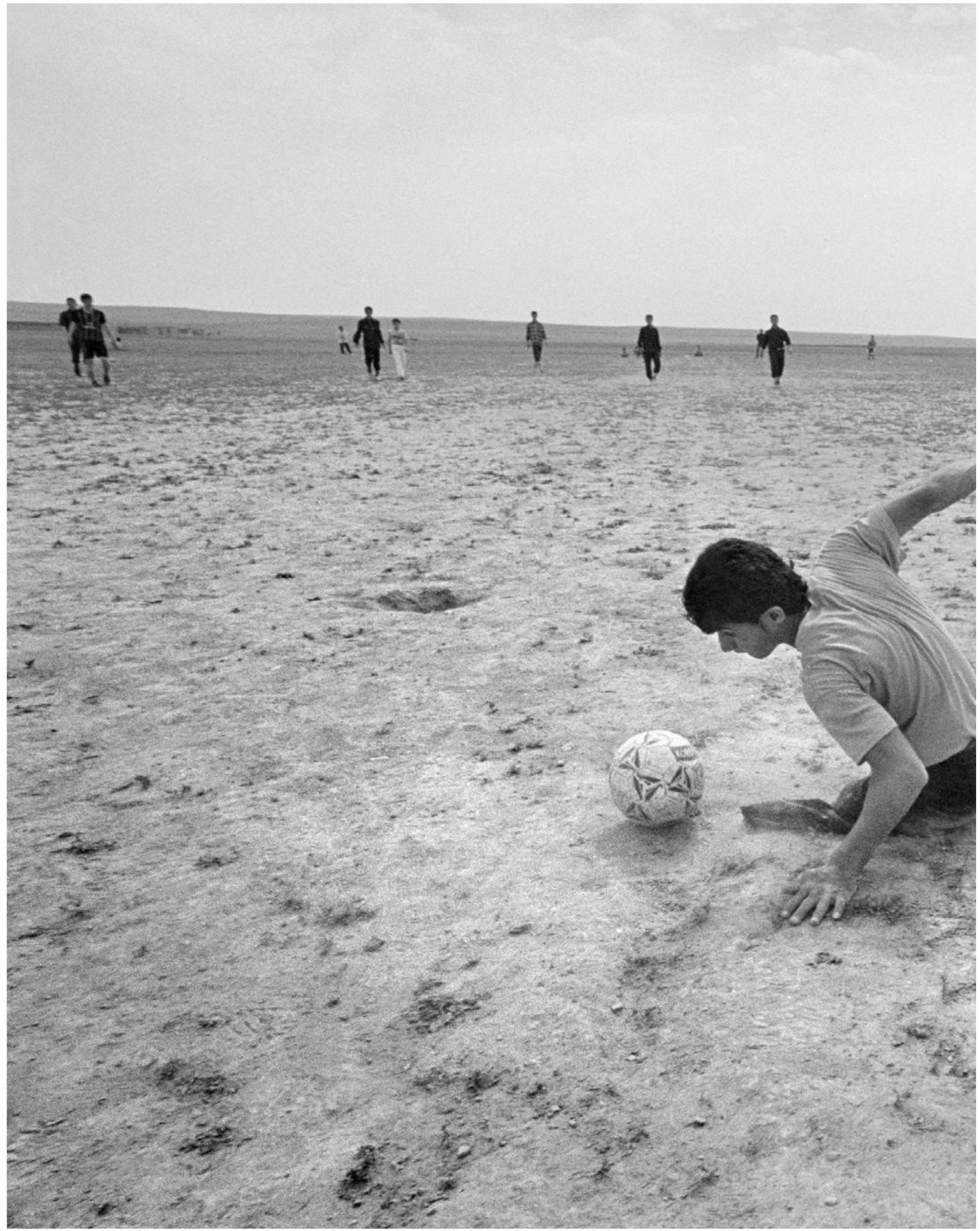
—Bailemos —le decía, pero qué voy a saber de bailar. En esta mi condición, solo podría afirmar lo divertido que era sacudir a mis inquilinos de vez en cuando.

—¡Ciento treinta y nueve, ciento cuarenta, cuarenta y uno, cuarenta y dos, y uno en forma de avión! Ese cuenta por veinte —me dijo feliz, imaginándose el sabor de la ración doble que le tocaría .

—Bueno, pero sigamos y bailemos, ya encontraré uno en forma de pájaro, de nubes, de la luna. —Qué iba a saber yo de todo eso, si de caminar en mis cuatro extremidades o a veces en su espalda no he transcendido; pero él eso no lo sabía, eso pensé.

—Al final del tiempo, de seguro seguiremos acá, caminando, contando formas y bailando, mientras irremediablemente yo seguiré en mi condición animal, sobre mis extremidades.

Este es 1997, en medio de la supuesta independencia, donde lo más lejano que llegaremos será el conteo de las figuras en los huecos de las balas y fragmentos de la guerra en las paredes, si sobrevivimos.





YA NO VIERON
A ANDRÉS DIS-
CUTIR CON SU
HERMANO.

El duro de quinto grado

Cristina Alvarado

Fotografía de Gervasio Sánchez:
Fanar Zekri, víctima de una mina antipersona,
juega al fútbol con los puños
Lajan (Kurdistán iraquí), abril de 2005

Todos en el quinto grado respetan a Iván; no, corrijo, todos en el quinto grado le tienen un poco de miedo a Iván. El niño de once años es un líder nato, es el que dispone lo que el grupo hace, el que selecciona los nombres de los que deben hacer la limpieza del salón de clases, el que ayuda a los maestros durante los actos cívicos, pero también el que los engaña y, por supuesto, el que decide cuáles de sus compañeros juegan en cada partido.

En las clases, le encanta contradecir a la maestra y hacer cosas como sentarse en la mesita y no en la silla, para hacerla enojar; o hablar, hablar y hablar, con lo que consigue que la señorita Gaby frunza el ceño y le llame la atención. Pero su especialidad es salir del salón sin pedirle permiso.

Iván vive con su mamá, Blanca, quien trabaja en un pequeño almacén, como encargada de ventas, y con su hermano, Andrés, de 9 años, que estudia tercer grado.

En su casa, todos los días comienzan igual, mamá se levanta y dice:
—¡Iván, Andrés, dejen la cama, a bañarse ya!

Les deja el desayuno listo antes de irse a trabajar y, al regresar de la escuela, ellos preparan su almuerzo.

Los dos hermanos se parecen físicamente: los ojos grandes, el cabello liso, el cuerpo robusto; sí, son parecidos. Pero hasta allí llega la semejanza. La sonrisa es mucho más frecuente en Andrés y él siempre lucha porque algún desdichado destinado a la banca por Iván, juegue siquiera unos minutos.

—Iván, creo que Carlos juega bien, ¿por qué no lo dejas entrar al partido? —pregunta el hermano menor.
—¿Qué haces metiéndote donde no te llaman? —contesta Iván, mirándolo con sus grandes ojos furiosos.
—Es que quiero que ganemos. Y Carlos juega como para ganar.
—¿Así que tú me vas a enseñar a mí?
—No, loco. Solo quiero que dejes jugar a Carlos, porque se lo merece.

Y así continúan por un rato más. En casa, los hermanos pelean, a veces, y siempre el mayor es el ganador.

En la escuela, la estatura y la robusta figura de Iván lo ayudan a imponerse entre sus compañeros. Con su potente voz se hace escuchar entre el griterío infantil. Mañana hay partido de fútbol, así que hoy es día de tomar decisiones importantes.

—Iván, quiero jugar —le dice Javier, uno de sus compañeros.
—Contigo vamos a perder —replica, sin piedad, Iván —. ¿Tienes limpio el uniforme, Papo? Juegas mañana —le dice a otro de sus compañeros.
—¡Sí, sí, sí! —grita Papo, feliz, mientras le da una patada a la pelota y la manda al otro lado del patio.
—¿Y yo? —se atreve a preguntar Ricardo.
—¿Tú en mi equipo? Solo que quisiera regalar el partido.

Hasta a su hermano menor a veces no le permite formar parte del equipo. Y eso que Andrés juega muy bien. Sí, Iván es duro. Sus ojos grandes miran con dureza también. Y nadie lo ha visto llorar nunca.

Un día, ninguno de los dos hermanos fue a la escuela.
Luego se supo que a Andrés lo había atropellado un camión y estaba muy grave en el hospital.

Cuando Iván apareció se le veía callado y triste. Las preguntas por la salud de su hermano lo rodearon esa mañana nublada y lluviosa, pero nadie vio asomar ni una lágrima en sus ojos mientras las contestaba.

Así pasaron los días.

Y también las semanas.

Y esos días y semanas ya no vieron a Andrés discutir con su hermano por defender el derecho de algunos compañeros para jugar en el equipo.

Dos meses después, Andrés salió del hospital y quince días más tarde, volvió a la escuela… con una muleta; una muleta a cambio de un pie. Sí, Andrés había perdido un pie en el accidente.

Ya se imaginan lo duro que fue aquello para sus maestros y compañeros, pero el mismo Andrés les dio fuerzas. Su sonrisa, la misma de antes, aquellas ganas de vivir y aprender contagiaron a toda la escuela. Verlo atravesar de cuatro zancadas el corredor también ayudaba. Y, poco a poco, la vida volvió a su cauce normal.

Y la vida en la escuela incluye partidos de fútbol.

No lo van a creer, pero Andrés, durante los recreos, corretea con sus compañeros.

—¡Bien, Andrés, bien! —le animan los de tercero. Y también los de cuarto, quinto y todos los estudiantes de la escuela.

No tiene un pie, pero tiene brazos, piernas, manos y hasta una muleta. Y haciendo oídos sordos a las quejas de su mamá y hermano, que temen que se lastime, se aferra a esta parte de la vida que le da alegría, aunque también algunos raspones y una que otra patada.

Mañana hay un partido importante, se juega con otra escuela.

Iván está haciendo una de las cosas que, según él, mejor sabe hacer: decidir quiénes jugarán en el partido.

Está en el salón, sentado en un pupitre y rodeado de todos los interesados en formar parte del equipo.

—Tomás, vas de volante izquierdo y fíjate en lo que haces.
—¡Sí, sí, hoy sí! —dice el feliz seleccionado, mientras chupa su paleta de fresa.
—¡Mateo, a la portería y estírate!
—Seré de elástico —contesta, sonriente, el niño.
—¡Papo, delantero! ¡Ulises, volante derecho!

Iván no se da cuenta de que sus compañeros se miran para ponerse de acuerdo; solo oye, de repente, a más de 20 voces infantiles gritar:

—¡Andrés, defensa! ¡Andrés, defensa! ¡Andrés, defensa!

Sí, están defendiendo el derecho del hermano de Iván a jugar.

Esos gritos dejan sin palabras al duro del quinto grado y todos ven con claridad dos lágrimas que, imprudentes, asoman a los ojos de Iván.

Andrés jugó.


LA PALABRA
HACIÉNDOSE







ECO DE LA IMAGEN.






aecid


Cooperación
Española


ccesv